

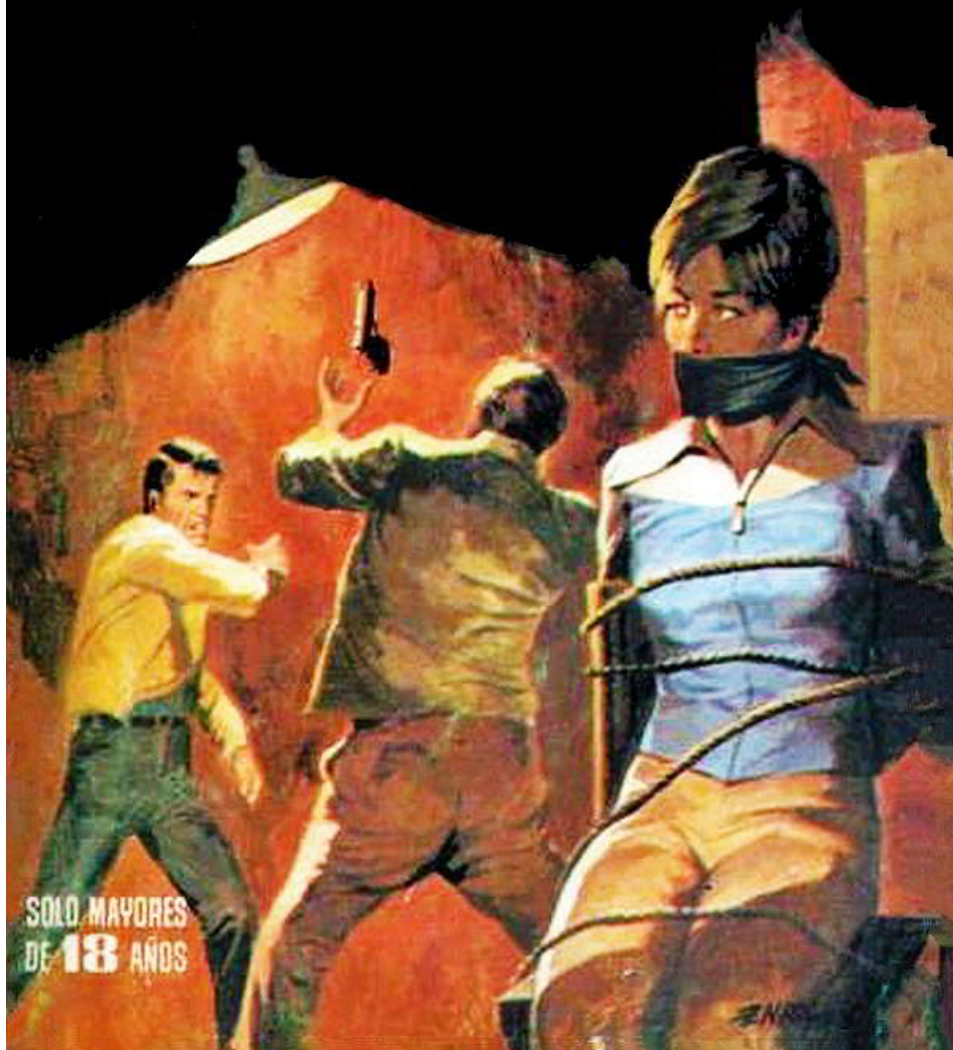
BOLSILIBROS
BRUGUERA

SERVICIO
SECRETO

SS

EL PASADO DE BETY BELL

*Clark
Carrados*



SOLO MAYORES
DE 18 AÑOS

Sentíase satisfecho. Había traicionado a su cliente, era cierto, pero, a cambio, había recibido un sustancioso fajo de billetes, que le iban a quitar las penas durante muchos meses.

Además, era un tipo listo. Clell Roxmire se sentía doblemente satisfecho, porque había fotocopiado todos los documentos vendidos al cliente. Un día, si lo consideraba necesario, volvería a sacar las copias a la luz y conseguiría otro buen paquete de dinero...

Mentalmente, se frotó las manos, a la vez que se apeaba del coche. Haciendo saltar las llaves en la palma de la mano, avanzó hacia la casa. Era un negocio redondo. Había que celebrarlo con un par de copas.



Clark Carrados

El pasado de Betty Bell

Bolsilibros - Servicio Secreto - 1620

ePub r1.0

Lds 10.02.19

Título original: *El pasado de Betty Bell*

Clark Carrados, 1981

Cubierta: E. Martín

ePub modelo

LDS

, basado en ePub base r1.2





**SERVICIO
SECRETO**



CAPÍTULO PRIMERO

Sentíase satisfecho. Había traicionado a su cliente, era cierto, pero, a cambio, había recibido un sustancioso fajo de billetes, que le iban a quitar las penas durante muchos meses.

Además, era un tipo listo. Clell Roxmire se sentía doblemente satisfecho, porque había fotocopiado todos los documentos vendidos al cliente. Un día, si lo consideraba necesario, volvería a sacar las copias a la luz y conseguiría otro buen paquete de dinero...

Mentalmente, se frotó las manos, a la vez que se apeaba del coche. Haciendo saltar las llaves en la palma de la mano, avanzó hacia la casa. Era un negocio redondo. Había que celebrarlo con un par de copas.

Luego llamaría a una conocida, a quien propondría una semana de vacaciones en Florida. Ella aceptaría inmediatamente. Pasaría siete días maravillosos. Podría gastar sin tasa y aún le quedaría más que suficiente para vivir sin trabajar una muy larga temporada. Sí, cien mil dólares podían dar mucho de sí, pensó, cuando ya abría la puerta.

Encendió las luces. Inmediatamente revuelta. Había muebles volcados, cuadros torcidos... Era indudable que alguien había entrado allí con intención de robar.

Roxmire volvió a maldecir. Por un momento, pensó en llamar a la policía, pero desistió en el acto de su idea. No le convenía dar publicidad al hecho. Podía resultarle perjudicial. De pronto, recordó algo y corrió a la habitación que le servía de despacho. También estaba revuelta. Los cajones de la mesa yacían por el suelo y su contenido se veía desparramado por todas partes. Incluso habían rasgado el tapizado de cuero de su sillón.

La vista de Roxmire fue en el acto hacia el cuadro que había al otro lado de la mesa. Estaba en buenas condiciones, eso parecía, al menos, se dijo, mientras, rodeando la mesa, se acercaba a aquella pared.

El cuadro giró a un lado. Roxmire lanzó un suspiro de alivio. La caja fuerte no había sido violentada.

A pesar de todo, sabía que había tipos capaces de abrir la caja sin conocer la combinación. Para asegurarse de que nadie lo había hecho, marcó las cifras de la clave y abrió segundos más tarde.

Los documentos estaban allí, advirtió bien pronto, con gran satisfacción. Por tanto, el desorden se debía a un vulgar ladrón que...

De pronto, oyó una voz:

—Roxmire.

Se volvió en el acto. En la puerta de la habitación había un hombre, con el rostro cubierto por unas enormes gafas de color. En sus manos enguantadas se veía una pistola con silenciador.

—Clell, gracias por haberme abierto la caja —dijo el hombre—. Era algo que yo no supe hacer.

—Pe... pero ¿qué diablos quiere? ¿Quién es usted?

—Roxmire, usted es muy hábil para ciertas cosas, pero no es de fiar. Ya me suponía que habría fotocopiado los documentos que le encargué conseguir.

—Bueno... aquí los tiene...

—Sí, los tengo.

La pistola emitió un débil chasquido. Roxmire gritó un poco y se llevó ambas manos al pecho, en donde había aparecido un pequeño círculo rojo. Bajó la vista, vio la sangre que se extendía con rapidez por la blanca pechera de su camisa y gimió, sabiendo que sólo le quedaban unos pocos segundos de existencia.

Sus rodillas se doblaron y cayó lentamente. Después de unos estremecimientos, se quedó quieto.

El asesino avanzó, se inclinó, recuperó el dinero y luego vació la caja fuerte, todo ello con la mayor tranquilidad y en absoluto silencio.

Apagó las luces antes de marcharse.

Nick Norden leyó al día siguiente la noticia de la muerte de Roxmire y meneó la cabeza. En modo alguno admitía la tesis policial, de que había sido muerto por un ladrón, al que había sorprendido in fraganti.

—Tenía que acabar así algún día —murmuró.

Porque había llegado a conocer bien a Roxmire y sabía de qué había sido capaz aquel sujeto cuando vivía. Pero un trocito de plomo había cortado para siempre las trapacerías y ruindades de Roxmire.

Tenía amigos en la Policía, pero no quiso expresar sus sospechas. No le harían caso.

Continuó leyendo el periódico. De pronto, tropezó con una noticia que casi le hizo saltar en el asiento:

*UNA HERMOSA JOVEN,
PRESIDENTE DE LA FUNDACION ALBERT W. GREENSTONE.*

«Miss Elizabeth Bell ha sido nombrada presidenta de la mencionada Fundación, de acuerdo con el testamento del hombre que la dio su nombre, un personaje inmensamente rico y recientemente fallecido. Aunque sabemos que a algunos de los consejeros de la Fundación les disgustará el nombramiento de la señorita Bell, el testamento es categórico al respecto y absolutamente inimpugnable. La señorita Bell une a su belleza una inteligencia poco común y, pese a su juventud, se graduó hace muy pocos meses y recibió el título de Doctor en Ciencias Económicas, con los máximos honores...».

—Vaya, vaya, vaya... —Norden repitió el «vaya» varias veces más y luego continuó—: ¿Quién se lo iba a decir a esa mocosa?

Había: unas fotografías de la joven, ilustrando la información. Norden tuvo que reconocer que *miss* Bell era una mujer excepcionalmente hermosa.

—Ha mejorado muchísimo desde que formaba parte de la banda de *majorettes* del colegio secundario —murmuró—. La guapa y simpática Betty Bell...

Recordaba muy bien a Betty, nombre por el que todos la llamaban familiarmente. Y, además de hermosa y simpática con todo el mundo, era una estudiante de notables dotes, que siempre conseguía las mejores y solía ser la primera de su clase en la mayoría de las ocasiones.

—Lo tenía todo: juventud, belleza, inteligencia..., y ahora ha conseguido la fortuna.

Porque el cargo de presidenta de la Fundación Greenstone llevaba aparejado un sueldo fabuloso, libre de impuestos, más una cantidad anual, verdaderamente exorbitante, para gastos de representación. Además, tendría casa propia, con servidumbre, coche y chófer, y todo ello a cargo de los fondos de la Fundación.

—Eso si que es tener suerte —suspiró.

Luego recordó un detalle que le había venido a la memoria, precisamente al leer el reportaje.

Betty Bell había desaparecido por completo durante un año y pico, después de haber aprobado el primer curso en la Universidad, con las mejores notas. Jamás quiso explicar a nadie los motivos de aquella ausencia. Nadie supo jamás dónde había estado ni qué había hecho durante los casi quince meses que había desaparecido tan completamente como si se hubiese muerto.

Pero no había muerto y regresó, más bella que nunca, aunque también más seria, más mesurada en su comportamiento y habiendo perdido buena parte de la vitalidad que siempre había sido la norma de su carácter. Jamás quiso dar explicaciones de su ausencia y ello fue un hecho que, poco a poco, acabó por caer en el más completo olvido.

No sería él quien lo resucitase, ciertamente, se dijo.

Terminó de leer la noticia. El reportaje finalizaba con una coletilla un tanto inquietante:

«... Sin embargo, la mayoría de los consejeros de la Fundación están disconformes con el nombramiento de miss Bell y piensan rechazarlo...».

—¡Bah! —dijo Norden—. Se los meterá en el bolsillo. No conseguirán nada.

Habría que esperar al mes siguiente, fecha en que se reuniría el consejo de Administración de la Fundación, para la ceremonia de toma de posesión de su nueva presidenta. Norden, sin embargo, no abrigaba la menor duda al respecto. Ganaría Betty, vaticinó, tan seguro como que el sol saldría al día siguiente por el Este.

* * *

Dos semanas después, Norden se encontró con un viejo conocido. Norden se quedó pasmado al ver a su amigo en un flamante coche, recién comprado y con todos los suplementos habidos y por haber.

—Demonios, Jack, ¿de dónde has sacado esa carroza, digna de un rey?

Jack Morris sonrió, a la vez que, con aire presuntuoso, se echaba aliento en las uñas, para frotárselas a continuación en la solapa de su traje nuevo, adornada con una fragante camelia.

—Psé, he tenido suertecilla —contestó.

—¡Caramba, eso es algo más que suertecilla! —dijo Norden—. ¿Has cazado, por casualidad, una viuda rica?

—No, no ha caído esa breva, Nick. Simplemente, me encomendaron una investigación.

—Y te pagaron bien, supongo.

—Si te dijera la cifra, te caerías de espaldas. Tuve mucho trabajo, pero el resultado mereció la pena.

Norden volvió a contemplar el hermoso Mercedes descapotable, blanco, las ropas nuevas y costosas de su amigo, su sonrisa de satisfacción, y meneó la cabeza aprobatoriamente.

—No me cabe la menor duda, Jack.

—Como puedes comprender, no voy a decirte el nombre del cliente que se portó tan generosamente conmigo, Nick.

—Ni se me ocurriría preguntártelo. Lo único que puedo hacer es felicitarte, muchacho, y ojalá que encuentres muchos clientes como ése.

—Gracias, muchacho. ¿Qué tal van tus asuntos?

—Psé, no puedo quejarme...

Morris hizo arrancar el motor.

—Hoy tengo un poco de prisa. Otro día te invitaré a una copa —

se despidió.

Norden se quedó contemplando a su amigo, hasta que lo vio desaparecer en el tráfico.

—Los hay con suerte —suspiró.

Pero, como había dicho momentos antes, él tampoco podía quejarse. Y no se cambiaría en modo alguno por Jack Morris.

Dos semanas más tarde, recordó aquellos pensamientos, al leer la noticia de la muerte de su amigo, estrellado con el coche cuando rodaba a casi ciento cincuenta por hora. La suerte de Morris se había acabado en el árbol que paró súbitamente el Mercedes.

CAPÍTULO II

Las ocho personas estaban congregadas en torno a la mesa de la sala de juntas de la Fundación Greenstone. Eran cinco hombres y tres mujeres éstas de edad que ya no bajaba en modo alguno de los cuarenta años.

Había tensión en el ambiente. A ninguno de los reunidos les gustaba lo que iba a suceder dentro de unos momentos. Y se habían preparado para ello con la suficiente antelación.

El silencio era absoluto. Dos o tres tabaleaban con los dedos sobre la mesa. Una de las mujeres fumaba nerviosamente.

La puerta se abrió de pronto. Una hermosa joven, de cabellos bronceados, que parecían un casco metálico, apareció en el umbral.

Betty Bell era alta, muy alta, exquisitamente formada, y vestía con gran sencillez. No llevaba joyas, a excepción de unos pequeños pendientes y el reloj de pulsera de oro que brillaba en su muñeca izquierda.

Con paso firme, avanzó hacia el lugar de la presidencia. Los hombres se habían puesto en pie cortésmente. Las mujeres permanecían sentadas, mirándola con hostilidad nada disimulada. No sólo les ganaba Betty al conseguir la presidencia de la Fundación, sino que, además, era mucho más joven y tremendamente atractiva. Betty tenía algo que las tres habían perdido ya hacía muchos años: juventud y hermosura.

—Señoras, caballeros... Por favor, siéntense —dijo Betty, con bien modulada voz.

—Después de usted, señorita —dijo galantemente uno de los consejeros.

—Por el momento, permaneceré en pie, gracias —contestó la joven, con ambas manos apoyadas en el respaldo de la silla que

correspondía a su cargo.

Los hombres se sentaron. Hubo un breve período de silencio, que la voz de Betty rompió pronto:

—Estamos aquí reunidos para el acto de mi toma de posesión como presidenta de la fundación, según lo dispuesto por el autor de la misma en su testamento. Sin embargo, tengo la impresión de que es una disposición que no gusta a ninguno de ustedes. ¿Me equivoco?

Un hombre se puso en pie. Era alto, robusto, de rostro sanguíneo.

—No se equivoca en absoluto, señorita Bell —dijo el consejero Coultman—. El difunto Greenstone pudo haberla nombrado presidenta de la fundación, pero, según los estatutos, nosotros podemos destituir al presidente si se juzga, con las pruebas necesarias, que su conducta no es la más apta para ocupar el cargo. Y nosotros hemos acordado pedirle que dimita, para evitar mayores males. También hemos acordado darle un empleo en la Fundación, con el sueldo de...

Sonriendo por primera vez, Betty levantó una mano.

—Sin duda, señor Coultman, ustedes se fundan para tomar tal acuerdo en ciertos aspectos de mi vida que no se han hecho públicos, pero qué son conocidos por todos ustedes —dijo.

—Es cierto. Además, poseemos las pruebas necesarias para demostrarlo. Si nos obliga, al no dimitir, las publicaremos.

—Muy bien —contestó ella sin inmutarse—. Por favor, abran sus carpetas respectivas.

Cada uno encontrará en la suya un sobre. Abranlo también.

Hubo un momento de desconcierto. Luego, Coultman levantó la tapa de su carpeta.

Abrió el sobre y sacó un papel, que leyó rápidamente. Después de leerlo, se desplomó sobre su silla.

—Esto es una cochinada —dijo entre dientes.

Siete personas más abrieron sendos sobres. Todas palidieron.

Al cabo de unos momentos, ocho pares de ojos se volvieron hacia Betty, que continuaba en la misma postura. La joven, sin embargo, no sonreía.

—Señoras, caballeros, no pretendo compararme ni de lejos con Jesucristo —habló con voz calmada—. Sin embargo, esta escena me

ha recordado en buena parte a la acusación que los fariseos hacían contra la adúltera. Cuando querían condenarla, Jesús escribió en el suelo los pecados de cada uno de sus acusadores. Quien esté libre de pecado, que arroje la primera piedra, dijo el Señor en aquella ocasión. Yo no lo estoy, pero ustedes tampoco.

—Acabemos de una vez —pidió Carrie Keyton, una mujer huesuda que ya no cumpliría el medio siglo—. ¿Qué es lo que quiere de nosotros, señorita?

—Estuvieron preparándose para desposeerme de la presidencia, por mi pasado. Yo me imaginaba que preparaban algo por el estilo, de modo que también me apresté a la lucha y monté mi contraataque. De todas las acusaciones que han podido leer, poseo las suficientes pruebas, de modo que nada de lo que está ahí escrito es invención. Antes al contrario, basta mirarles a las caras para saber que es la pura verdad. Sin embargo, ustedes tienen una ventaja sobre mí, y es que todos conocen mi pasado y no, en cambio, el de su vecino ni el de los restantes consejeros. Pese a todo, las fuerzas, me imagino, están igualadas.

Betty paseó la mirada por todos los rostros de los reunidos, que expresaban en su mayoría una furia impotente. No sonrió, porque no quería dar a entender que gozaba con el triunfo obtenido.

—Así que, mientras ustedes estén callados, yo también callaré —añadió—. Y, en el peor de los casos, sus posiciones sociales son infinitamente superiores a la mía. A fin de cuentas, si tuviera que dimitir, obligada por la imprudencia de alguno de ustedes, siempre tendría el recurso de ejercer la poco honorable profesión de que se me acusa, como ya hice en tiempos. Se gana dinero, créanme.

El silencio continuaba. Nadie se atrevía a replicarla. Al cabo de unos momentos, Betty dio la vuelta a la silla, se sentó, abrió su bolso, extrajo unos lentes y se los colocó ante sus bellos ojos. Luego abrió una carpeta que había sido colocada momentos antes de la reunión.

—Señoras, caballeros, gracias por confiarme en el cargo de presidenta de la fundación —dijo, sin abandonar su tono mesurado en ningún momento—. Empecemos, pues, con el orden del día...

—Lo ha conseguido —dijo Donald Bassam rabiosamente un par de días más tarde, después de vaciar la copa que un camarero le había servido.

—Sin duda, te refieres a Betty Bell —sonrió Norden, buen amigo del anterior.

—¿A quién otra, si no? Nick, muchacho, ¿crees que hay derecho a que esa fulana sea designada presidente de una de las más prestigiosas fundaciones del país?

Norden se envaró.

—Donald, no me gusta que califiques así a Betty Bell —dijo.

—Lo siento, fue una expresión... Aunque todo el mundo dice que era la amante del difunto Greenstone. Por eso la nombró presidenta en su testamento.

—¿De veras?

—Se dice, se rumorea... y para mí, es cierto.

—Donald, tú eres consejero también. ¿Aspirabas al puesto de presidente?

—¿Por qué no? ¿Qué tengo yo que no tenga ella, dejando de lado el sexo diferente? —Tal vez Greenstone vio en Betty las cualidades precisas para presidir su fundación. A fin de cuentas, no olvides que tiene un doctorado en Ciencias Económicas. Fue siempre una magnífica estudiante... Por cierto, ¿qué ventajas tiene el cargo, Donald?

Bassam empezó a contar con los dedos:

—Uno, cien mil anuales, libres de gastos e impuestos, que corren a cargo de los fondos de la fundación. Dos: setenta y cinco mil dólares para gastos de representación. Tres: la casa del difunto Greenstone con la servidumbre mayordomo, ama de llaves, cocinera y dos doncellas, más el jardinero y el chófer, cuyos sueldos también paga la fundación. Un secretario general, una secretaria privada... ¿Quieres que siga?

—No —rió Norden—. Me deslumbras, Donald. Ciertamente, es una mujer afortunada y ya me hago cargo de que no ha podido gustaros su designación como presidente. Pero así lo dispuso el difunto, creo.

—Cierto —convino Bassam—. Sin embargo, estuvimos a punto de obligarla a dimitir.

—¿Cómo? —se asombró el joven.

Bassam se puso inesperadamente en pie.

—Perdona. Nick, pero no quiero seguir hablando más del asunto —contestó—. Debo guardar la discreción más absoluta sobre el particular. Ella es la presidenta y no se hable más. Adiós.

Bassam se marchó con paso rápido. Norden se quedó un tanto preocupado, no sólo por la actitud evasiva de su amigo, sino porque había visto en él algo muy parecido a la aprensión, si no era miedo. ¿Por qué?, se preguntó.

Al cabo de unos segundos, dejó de pensar en Bassam y en sus problemas. El tenía uno más importante que resolver y debía encontrar muy pronto la solución, si quería que sus asuntos personales marchasen satisfactoriamente.

* * *

La casa estaba desierta y a oscuras. Vestido con negros ropajes, muy ajustados al cuerpo, Norden, masticando una astilla de madera, contempló el edificio durante unos momentos. Tenía un jardín de modestas proporciones alrededor, lo cual indicaba que el propietario no era hombre de grandes ambiciones. Norden, sin embargo, sabía que era sólo apariencia. El dueño de la casa sí era ambicioso. Enormemente ambicioso.

Y carecía totalmente de escrúpulos.

Al cabo de unos momentos, buscó la trasera y llegó a la puerta de la cocina. Iba bien provisto de ganzúas y pudo abrir sin demasiadas dificultades. No se preocupó por las huellas; sus manos estaban cubiertas por unos finos guantes de goma.

Las suelas de sus zapatos también eran de goma y no hizo el menor ruido al caminar en busca de la habitación donde pensaba encontrar algo que le interesaba sobremanera. Usaba una linterna-lápiz para orientarse y evitar tropezones inoportunos con los muebles. Al fin, se detuvo ante un cuadro que representaba una supuesta escena en un harén oriental.

Era una pintura horrible, con mucho de obscena, lo que le habló de los peculiares gustos del dueño de la casa. Apartó a un lado el cuadro, dejó la caja fuerte al descubierto y empezó a manipular en la combinación.

Diez minutos más tarde, oyó un satisfactorio chasquido. Hizo

girar la manija, tiró hacia sí y contempló sonriendo el interior de la caja fuerte.

Había unos cuantos fajos de billetes y se apropió de uno de ellos sin el menor escrúpulo. «Quien roba a un ladrón...», se dijo con sorna.

También había numerosos sobres, cada uno de ellos con un nombre. Después de revisarlos detenidamente, encontró el que buscaba y lo guardó bajo la camisa. Luego miró de reojo hacia la chimenea que había al fondo. Sería una buena idea pegar fuego a todo lo que contenía la caja fuerte, incluidos los billetes de banco. El dueño de la casa se merecía aquello y mucho más.

Súbitamente, oyó ruido de tacones femeninos. Cuando quiso reaccionar, era ya tarde.

Alguien encendió la luz.

—Señor Shafter —dijo la mujer.

Norden se volvió rápidamente, maldiciendo su descuido, que le había dejado sorprenderse por la recién llegada. Pero en el mismo instante, se sintió estupefacto al reconocer a la mujer.

—¡Cielos, Betty Bell! —exclamó.

* * *

La joven no se sentía menos asombrada al verse reconocida por alguien que le resultaba totalmente extraño.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí? —preguntó.

Norden demoró la respuesta unos segundos. ¿Cómo era posible que ella no le hubiese reconocido?, se preguntó. Los ropajes, los años transcurridos...

De repente, oyó un ruidito singular.

—Espera un momento —rogó.

—Perdone, pero todavía no me ha contestado...

—Me llamo Nick Norden y fuimos juntos al colegio secundario, aunque seguimos cursos distintos. Luego te daré más detalles, Betty.

—¡Nick! —exclamó ella—. Sí, ahora recuerdo... Sin embargo, nunca me imaginé que pudieras convertirte en un ladrón.

—Y no lo soy —contestó Norden—. Perdona, pero estoy buscando algo que... Ah, aquí está.

Agarró una silla, la acercó a la pared y forcejeó con una moldura

próxima al techo. Al cabo de unos momentos, consiguió arrancar parte de la moldura, dejando al descubierto una cámara cinematográfica, el ruidito de cuyo motor se percibía ahora con mayor claridad.

—¿Qué es eso, Nick? —inquirió la joven.

—Esta cámara funciona automáticamente, cuando hay en la habitación una determinada intensidad de luz. Como antes yo usaba mi linterna, que apenas si alumbraba, la cámara estuvo parada. Entraste tú, diste todas las luces y...

Mientras hablaba, extraía el rollo de película, que fue a parar a uno de sus bolsillos. Dejó la cámara como la había encontrado, puso la moldura en su sitio y se apeó de un salto, con la sonrisa en los labios.

—Ya está —dijo—. Seguramente esa cámara te filmó desde el momento que entraste en la casa. El dueño, sin embargo, es un poco atrasado y usa cámara de película, en lugar de video, que no hace ruido.

—De modo que yo habría aparecido luego en una película...

—Así es —afirmó Norden—. Pero, dime, ¿qué haces tú en la casa de un notorio chantajista, como es Jake Shafter?

Betty se mordió los labios.

—Perdona, pero no puedo ser más explícita —contestó—. Sólo te diré que vine a entrevistarme con Shafter. Cuando hablamos por teléfono, dijo que le esperase, si no había llegado, ya que encontraría la puerta cerrada; aunque no con llave.

—Tienes problemas, ¿eh?

—¿Cómo lo sabes, Nick?

—Acabo de decirte que Shafter es un chantajista. Pero, me parece, una chica como tú no puede tener un pasado que se deba ocultar.

Betty vaciló.

—Quizá otros piensan lo contrario —repuso.

—Yo, no, pero si puedo ayudarte...

De pronto, Betty reparó en la caja fuerte que seguía abierta.

—¿Has revisado su contenido?

—Sí. Hay muchos sobres con documentos, seguramente comprometedores, pero tu nombre no figura en ninguno de ellos. Hablo en serio, Betty, te ruego me creas.

—Entonces, ¿por qué Shafter me hizo venir aquí? —se extrañó la joven.

—¿No encuentras tú misma la respuesta?

—A decir verdad, no, Nick.

—Bueno, en tal caso, creo que no puedo ayudarte. Si quieres quedarte a esperar a Shafter, hazlo; yo tengo que marchar. —Nick, por favor, me gustaría que esperásemos juntos a ese hombre— rogó la joven inesperadamente.

Norden vaciló. Había conseguido lo que buscaba. ¿Para qué complicarse más la vida?

De repente, se oyeron voces en la puerta.

—En seguida le daré lo que desea, señor Smith —dijo un hombre—. Pero ¿no le gustaría antes tomar una copa conmigo?

Norden reaccionó con gran rapidez. En silencio, cerró la caja fuerte, volvió el cuadro y luego apagó la luz de la estancia. Inmediatamente, tiró del brazo de la joven.

—No hagas el menor ruido —dijo en voz baja—. Ven, aquí podremos escondernos hasta que todo haya pasado.

CAPÍTULO III

Los dos hombres entraron en el despacho. A través de una tenue rendija abierta en las cortinas que les ocultaban, Norden y Betty pudieron contemplar los rostros de los dos sujetos.

Uno de ellos parecía muy anciano, a juzgar por su blanca cabellera. La barba, frondosa, era también completamente blanca. El otro era Shafter.

—Muy bien, señor Smith —dijo el segundo, mientras consultaba su reloj—. Espero a una visitante, de modo que le ruego sea rápido.

—Perfectamente, seré breve —contestó Smith.

Con toda tranquilidad, sacó una pistola y apuntó a la cabeza del chantajista.

—Shafter, abra su caja fuerte.

Shafter respingó.

—Oiga, ¿qué broma es ésta...?

—No es ninguna broma —dijo Smith con espantosa frialdad—. O abre la caja o le vuelo los sesos.

Shafter apretó los labios.

—Es una cochina jugada —calificó.

—Llámelo como quiera, pero abra. ¡Vamos, no me haga perder la paciencia!

Shafter emitió un juramento en voz baja. Luego se volvió, apartó el cuadro y empezó a mover la rueda de la combinación. Norden se dio cuenta de que utilizaba exclusivamente la mano izquierda.

La derecha estaba en el interior del bolsillo de su chaqueta. Norden presintió lo que podía suceder y, muy lentamente, levantó su mano y cubrió la boca de la joven.

Ella volvió los ojos. Norden hizo un guiño tranquilizador.

La cerradura chasqueó. Shafter empezó a hacer girar la puerta

de la caja fuerte. Al mismo tiempo, sacaba la pistola que llevaba escondida en el bolsillo.

Smith se le anticipó. El disparo no hizo ruido, por el silenciador.

Betty se estremeció y Norden hizo más presión, a fin de evitar un movimiento que, agitando las cortinas, delatase su presencia en aquel lugar.

Shafter se derrumbó instantáneamente, alcanzado de lleno en el cráneo. Ni siquiera tuvo tiempo a gritar.

Smith avanzó unos pasos. Miró al muerto y sonrió. Luego hizo algo muy extraño: quitó el silenciador, lo guardó en un bolsillo y dejó la pistola en el suelo, a pocos pasos del cadáver.

A continuación, sacó un saquete de tela muy fina y echó en su interior todo el contenido de la caja fuerte. Cerró ésta, volvió el cuadro y, tras apagar la luz, abandonó la estancia.

Entonces, Norden soltó a la joven y lanzó una maldición.

—¿Por qué se me ocurriría quitar el rollo de película? —se quejó.

Betty se agarró a su brazo con las dos manos. Estaba a punto de desmayarse.

Norden la sostuvo por la cintura.

—Lo mejor será que nos marchemos cuanto antes —dijo—. Estoy seguro de que Smith ha dejado la pistola, para avisar a la Policía muy pronto. Seguramente sabe que vas a venir y quiere que cargues con las culpas de esa muerte, ¿comprendes?

—Pero yo no...

—Aunque demostrases tu inocencia, cosa nada difícil, te encontrarías en un apuro muy gordo, si la Policía llegase a tiempo de alcanzarte en el lugar del crimen. ¿No te imaginas lo que dirían los periódicos de la presidenta de la Fundación Greenstone?

Betty inspiró fuertemente.

—Si, es verdad. Vámonos, Nick.

Norden la guió hasta la parte posterior de la casa. Nadie en la vecindad parecía haberse enterado de lo ocurrido. Luego, por la calle paralela, caminaron unos cientos de metros, hasta llegar al punto donde el joven había dejado estacionado su coche.

—¿Has traído el tuyo? —preguntó.

—No. Tomé un taxi, lejos de mi casa, y me bajé a unos trescientos metros...

—Ahora vamos a un bar que conozco, en donde tomaremos unas copas. Luego, cuando vuelvas, podrás decir que nos hemos encontrado casualmente, si acaso te preguntase alguien dónde habías estado. ¿Lo has comprendido?

Betty asintió. Sentíase abrumada y apenas tenía fuerzas para hablar.

—Esta noche no hablaremos más del asunto —dijo él, cuando ya el automóvil se había puesto en movimiento—. Mañana, sin embargo, me gustaría visitarte, a la hora que prefieras, y así me enteraría de tus relaciones con Shafter. Imparcialmente hablando, no es un tipo al que la gente echará de menos, pero ha sido un asesinato a sangre fría y podía haberte comprometido muy gravemente.

—Es cierto, Nick —admitió ella.

—En estos días, yo he terminado un asunto que me había ocupado todo el tiempo.

Ahora estoy libre... y me gustaría ayudarte, si me lo permites.

Betty volvió el rostro hacia el joven.

—Creo que... aceptaré tu oferta, Nick —contestó.

* * *

La Policía no comprendía por qué el asesino había abandonado la pistola en el lugar del crimen. Norden lo sabía y, naturalmente, no iba a divulgar la verdad.

El registro de la casa, hecho después del hallazgo del cadáver de Shafter, había demostrado que el objeto del crimen había sido el robo, ya que la caja fuerte estaba completamente vacía. Uno de los agentes encargados del caso apuntó hacia la supresión de un competidor en el negocio del chantaje. Otro, sin embargo, se mostró partidario del ajuste de cuentas, realizado por alguna víctima del chantajista.

Para Norden, las dos hipótesis eran perfectamente razonables. Pero le faltaba escuchar la versión de Betty.

Ella le recibió en la tarde del siguiente día. Norden amaba los espacios abiertos y se sintió abrumado por aquella casa, construida casi un siglo antes y de acuerdo con los cánones arquitectónicos de la época. La gótica mansión le recordó cierto famoso drama, llevado

a la pantalla. En cualquier momento, saldrán la señora de Winter, el ama de llaves... y el fantasma de Rebeca, pensó, mientras aguardaba en un saloncito íntimo.

Betty llegó momentos después, ataviada muy sencillamente, con un traje de color amarillo pálido, con ligeros toques azul oscuro. Forzando una sonrisa, le tendió una mano y le indicó una butaca. Luego se sentó frente a él, con las manos en el regazo.

—Nos servirán el té —dijo—. Mientras, podrías contarme algo de tu vida.

¿Conseguiste el título en la Universidad?

—A trancas y barrancas, y con un intervalo de casi tres años en el Ejército. Tuve una mala época y me alisté, aunque muy pronto pude conseguir una beca para hacerme oficial de la reserva. Allí aprendí muchas cosas que luego me han resultado de gran utilidad.

—Como, por ejemplo, abrir una caja fuerte sin conocer la combinación.

La doncella entró en aquel instante, empujando el carrito con el servicio, y Norden se abstuvo de responder. Betty se levantó para llenar las tazas.

—Déjenos solos. Jenny, por favor —pidió la joven—. Ah y no admitan llamadas telefónicas para mí, hasta que ordene lo contrario. Tampoco recibiré ninguna visita, ¿entendido?

—Sí, señorita.

La puerta se cerró. Durante unos momentos, sólo hubo silencio en el saloncito. Luego, Norden sacó cigarrillos.

—Bien, ¿cuál es tu problema, Betty?

—Una condena de tres años de cárcel, por prostitución y tráfico de drogas, aunque, por buena conducta, sólo cumplí quince meses —contestó ella tranquilamente.

* * *

Norden sintió que perdía la respiración. Miró a la joven y vio que Betty no bromeaba.

—Me parece increíble... —dijo, cuando, al fin, se hubo rehecho de la sorpresa.

—Pero es la verdad, es rigurosamente auténtico. Y, basándose en ese aspecto de mí pasado, los consejeros querían que dimitiese.

—Es decir, lo saben.

—Sí, se lo dijo Shafter. Después, claro está, de haberme sacado a mí una bonita suma de dinero.

—Es un acto propio de un chantajista. Así cobró de las dos partes, ¿no es cierto?

—En efecto —admitió Betty, que no parecía estar nerviosa en absoluto—. Pero aún hay más. Shafter tuvo el cinismo de decirme que había divulgado mi secreto a los consejeros de la fundación. Adiviné lo que podía suceder y me preparé para actuar en consecuencia.

—¿Cómo lo hiciste? —preguntó Norden, que iba de sorpresa en sorpresa.

—Creo que conoces, porque la prensa lo ha divulgado, el contenido del testamento de Greenstone, pero, sin duda, ignoras que, entre otras disposiciones, me hizo un legado personal de cien mil dólares. Simplemente, contraté a un detective privado y obtuve informes muy sabrosos de los ocho consejeros. Entonces, el día de la toma de posesión y cuando me pidieron que dimitiese, hice que cada uno abriese un sobre que les había preparado con antelación. Naturalmente, retiraron su solicitud de inmediato.

Norden sonrió.

—Una buena jugada. También ellos tienen algo que ocultar —dijo.

—Ciertamente. No son hechos que les lleven a la cárcel, pero sí les desprestigiarían enormemente. En consecuencia, compré su silencio con el mío.

—Hiciste bien, qué demonios... Perdona la expresión, Betty...

Ella hizo un ligero ademán.

—No importa, Nick. Ahora tienes que saber que, en efecto, Shafter me entregó los documentos originales, pero se guardó unas fotocopias, a fin de seguir presionándome.

—Vamos, quería mantener abierto el grifo del dinero.

—Exacto. Me citó en su casa y yo acudí como una tonta, pensando que podría convencerle, pero ya sabes lo que sucedió.

—¿Creías convencerle... cómo, Betty?

—Con más dinero, claro.

Norden meneó la cabeza.

—Un chantajista es un saco sin fondo —dijo sentenciosamente

—. Nunca vuelvas a hacer trato con gente de esa calaña, porque te quitarán hasta el último dólar.

—Lo sé, pero ¿qué otra cosa podía hacer?

—Las fotocopias no estaban en la caja fuerte de Shafter —dijo el joven con aire pensativo—. Sin duda, las consideraba el elemento más valioso de sus archivos y las guardó en algún lugar que desconocemos. —Habrà que investigar, para encontrarlas. También tendré que buscar a Smith, que no es el hombre viejo que vimos, por muy bien caracterizado que estuviese.

—¿Cómo lo sabes? —se sorprendió la joven.

—Un hombre de su edad, nunca va erecto; siempre está cargado de hombros y su paso es lento, cuando no arrastra ya los pies. Smith se comportaba como un hombre de unos cuarenta años; era fácil verlo.

—Para ti, pero yo no...

—No estás acostumbrada a estas peripecias —sonrió Norden—. Pero ¿por qué querían hacerte dimitir? Hay muchas personas con un pasado poco recomendable, que, sin embargo, han conseguido rehacer su existencia y ahora viven digna y honradamente. Como tú, Betty.

—No lo hacen por mí en el sentido de querer perjudicar mi reputación. Les interesaba que la fundación cayera en manos de un presidente manejable, si entiendes lo que significa esta palabra, Nick.

—Te entiendo perfectamente. Continúa, por favor.

—Bien, aparte de la sinecura que representa el cargo, el presidente es, prácticamente, el dueño de la fundación. Greenstone asignó un fondo de cien millones, para una obra en la que había puesto toda su ilusión. Ahora, imagínate lo que sería esta empresa en manos de unos desaprensivos.

Norden silbó.

—Para ellos, es una especie de tesoro de Alí-Babá

—comentó.

—Y, como los conozco, decidí seguir al frente de la fundación, para evitar que la llevasen a la ruina en pocos años.

—Sí, has hecho bien. Por cierto, yo conozco a un consejero y estuve hablando con él hace pocos días, pero se mostró muy

reticente. Tendré que verle de nuevo.

—¿Quién es, Nick?

—Bassam.

—¿Relaciones profesionales, tal vez?

—Un par de años en su bufete de abogado, pero lo dejé, porque me ahogaba la rutina.

—Y prefieres entrar en las casas sin permiso del dueño.

—Sólo en determinados casos y siempre cuando considero que es algo razonable.

—Lo cual significa que eres aficionado a tomarte la justicia por tu mano.

—Cuando mi víctima carece de escrúpulos, ¿por qué no actuar yo con sus mismos métodos? ¿Crees que Shafter me habría entregado los documentos que saqué de su caja fuerte, sólo con pedirselos cortésmente? Incluso puede que me hubiese pegado un tiro, como pensaba hacer con Smith.

—Sí, quizá tengas razón...

—La tengo —afirmó él—. Ahora, por favor, dime el nombre del detective que investigó a los consejeros.

—¿Por qué? —se extrañó Betty.

—Tengo la sensación de que Smith es uno de los consejeros. Ese hombre no te ha perdonado la derrota y continúa tratando de arruinarte. Pero tú misma dijiste que habías investigado a esos consejeros. Por tanto, me interesaría hablar con el detective que te hizo el trabajo. Tal vez así obtenga detalles que más adelante puedan resultarnos útiles.

—Muy bien. Se llama Jack Morris...

—¡Morris! —resopló Norden.

—Sí. ¿Qué sucede? ¿Lo conoces?

Norden meneó la cabeza.

—Es lamentable, pero ya no podré hablar con él. Se mató en un accidente de coche, hará un par de semanas —dijo sombríamente.

CAPÍTULO IV

Entró en el despacho y, acercándose a una de las paredes, descorrió la cubierta de una mirilla que había allí. Estaba observando atentamente lo que pasaba al otro lado, cuando oyó una voz en la puerta de la estancia:

—Eh, ¿qué diablos haces ahí, fisgando lo que no te importa?

Norden se volvió, sonriendo alegremente.

—El negocio marcha bien, ¿eh, Verity Haines?

La mujer sonrió.

—No puedo quejarme, Nick. Pero si no consigo lo que sabes...

—Me encomendaste un trabajo. ¿Estás dispuesta a pagarlo?

—También te fijé una cifra como pago de ese trabajo, Nick.

—Lo sé.

—Sin embargo, no conseguirás nada... Shafter está muerto...

Sin dejar de sonreír. Norden sacó del bolsillo un grueso sobre y lo movió para abanicarse la cara.

—Llegué antes de que el asesino vaciase la caja de Shafter —dijo.

—¡Nick! ¡Lo has conseguido! —gritó ella jubilosamente.

—Te prometí que tendría éxito. Verity.

—Bueno, ahora mismo te pagaré el resto...

Norden cruzó el despacho y descorrió una cortina que cubría casi un lienzo de pared. Al otro lado, se veía un enorme dormitorio, con una cama en la que hubieran cabido holgadamente media docena de personas.

Miró a la mujer. Era de buena estatura, opulenta de formas, pelo negro y mirada fogosa. Los ojos de Verity chispearon.

—Estás a punto de cerrar el local —manifestó Norden—. Di a tu jefe de personal que se ocupe de ello. Tú tienes jaqueca y te vas a

meter en la cama inmediatamente.

—De modo que quieres una prima extra como pago de tu tarea.
Norden lanzó el sobre a la mesa.

—Si quieres, te perdono el resto de lo que te falta por pagarme —dijo.

Verity hizo un gesto negativo.

—Me gusta cumplir mi palabra —contestó—. Anda, entra ahí, mientras hablo con Bill Roxmire.

Norden oyó aquel nombre y frunció el ceño.

—Creo que mataron a un Roxmire hace algunas semanas —dijo.

—Era su hermano y se llamaba Clell. Bill está que echa humo, porque la Policía no ha conseguido todavía la menor pista en el caso.

Norden se quitó la chaqueta y luego destapó una botella. Cuando Verity entró, le ofreció un vaso.

—¿Por qué mataron a Clell Roxmire? —preguntó.

—Era todo lo contrario de su hermano. Siempre metido en líos... Bill es un hombre honesto y enérgico, pero Clell... Aunque, como te puedes imaginar, la sangre tira mucho.

—Sí, se comprende que esté irritado. ¿Tenía Clell alguna especialidad?

—Chantaje.

—Confidencialmente, Verity, entre tú y yo: no es para que lloremos la muerte de Clell Roxmire.

—No, desde luego. ¿Te costó mucho recuperar esos documentos?

—Bastante, más de lo que me imaginaba. Shafter era un tipo muy listo.

—Menos que el que lo quitó de en medio.

—En esta clase de asuntos siempre pasa como en los buenos tiempos el viejo

Far-West:

siempre había un pistolero más rápido. Otro saldrá, cuando menos se espere, y liquidará al asesino de Shafter. Si le vació la caja fuerte, es que quería continuar su negocio. Además de evitar un chantaje en sí mismo.

—Parece lógico, pero, por fortuna, yo ya no tengo nada que temer —sonrió Verity—. El tipo me pedía nada menos que un tercio

de los beneficios del local.

—¡Qué desvergonzado! Hay gente que no tiene sentido de la medida... como por ejemplo yo.

—¿No eres medurado?

Norden sonrió, mientras ponía sus manos en la cintura de la mujer.

—Cuando me encuentro en compañía de una dama tan atractiva, no, no soy medurado en absoluto —contestó.

Su mano derecha pasó a la espalda y buscó el arranque de la cremallera del vestido.

Verity sonrió, con los ojos entornados.

—Aguarda un momento, por favor.

Separándose del joven, fue hacia la consola de los licores y se apoderó de una cajita de control remoto, semejante a la empleada para el mando a distancia de los televisores. Había uno en el dormitorio, pero no se encendió.

Verity apretó un botón y las cortinas se corrieron automáticamente. Tocó otro y una puerta se deslizó silenciosamente, dejando aislado el dormitorio del resto del edificio. El tercer mando sirvió para atenuar las luces, dejando la estancia sumida en una suave penumbra.

Ella sonrió.

—Puedes continuar con la tarea —dijo.

—Será un placer —accedió Norden.

* * *

Donald Bassam se sorprendió de ver a Norden en el bar donde solía ir a almorzar en los días de trabajo. Desenvueltamente, Norden se sentó frente a su amigo.

—Necesito hablar contigo —dijo.

Bassam consultó su reloj.

—Diez minutos, Nick; no dispongo de más tiempo.

—Será suficiente.

Vino la camarera y Norden le encargó una simple taza de café.

—He desayunado fuerte y muy tarde —justificó la petición.

—Bien, señor.

La camarera se volvió, agitó un poco las caderas y se marchó.

—Bonito trasero, ¿eh, Donald? —sonrió Norden.

Bassam contestó con un gruñido.

—No estoy para admirar ciertas cosas —respondió.

—¿Te pasa algo? ¿Marchan mal tus negocios?

—No, van bien, pero...

—Vamos, estás disgustado porque Betty Bell sigue al frente de la Fundación, ¿verdad?

—No es eso... y no te lo puedo explicar. Nick.

—Si es algo que tiene relación con Betty, lo sé todo. Ella misma me lo contó ayer por la noche.

Bassam se puso rígido. La camarera llegó con el café, hizo unas cuantas carantoñas y luego, al ver que ninguno de los dos hombres la prestaban ninguna atención, se marchó con la barbilla levantada.

—De modo que Betty te contó...

—Sí, fue una buena jugada. Y me alegro de que lo hiciera. Personalmente, creo que es la persona adecuada para dirigir la fundación.

—¡Ella, una ex prostituta, la amante de Greenstone! —bufó Bassam—. ¡Se trata de una fundación con fines eminentemente benéficos y morales!

—O sea, tiene que dar dinero a gentes que no lo tienen y evitar la propagación del vicio.

—Más o menos.

—A la gente que no tiene dinero le importará muy poco el pasado de Betty, si la sacan de sus apuros. En cuanto a sus actuaciones en favor de la moralidad... pocos santos hubo en el pasado que no fueron antes unos golfos. ¿No te gusta que Betty se haya regenerado?

Bassam se pasó una mano por la cara.

—No es eso...

—Vamos, se te esfumaron las posibilidades de acceder a la presidencia, ¿verdad? Es una mina, aun comportándose con absoluta honradez.

—Lo sé, Nick. A pesar de todo, no confiaba en ser el presidente. Y no me gustó tampoco la jugada que querían hacerle.

—¿De quién salió la idea?

—Hay dos consejeros que llevaron la voz cantante, aunque he de reconocer que la propuesta nos entusiasmó a todos.

—¿Sus nombres?

—Barton Coultman y Carrie Keyton. Si quieres más detalles, que te los dé la propia Betty.

—Lo hará, descuida —contestó el joven—. De modo que el chantaje fue un tiro que os salió por la culata.

Bassam contestó con un grueso taco. Norden consiguió dominar los deseos que sentía de soltar una carcajada. Para no enojar más a su amigo, procuró mantener una expresión de total seriedad.

—Bueno, ella fue una zorra en tiempos y, además, estuvo complicada en un asunto de drogas. Pero ¿qué decía tu sobre? No te pregunto por los de los otros consejeros, porque, lógicamente, me imagino que no te dijeron sus pecados. ¿Cuál era el tuyo?

—Tengo una mujer insoportable. Me busqué una gatita. Betty lo averiguó y supo también el nombre y la dirección. Casi tengo convencida a mi esposa para que me conceda el divorcio. Si se enterase, me lo negaría, sólo para hacerme padecer.

—Lo contrario de lo que suele ocurrir en estos casos —dijo Norden—. De modo que una gatita, ¿eh?

—Sí, pero esta mañana me llamó y me dijo que se iba con otro —estalló Bassam, a la vez que se ponía en pie.

Norden comprendió en el acto los motivos del enojo de su amigo.

—Bueno, te buscas otra y...

—¿Es que no lo comprendes? ¡Pensaba casarme con ella!

—Oh, lo siento...

Bassam llamó a la camarera para pedirle la cuenta. Norden levantó una mano.

—Donald, la última pregunta, por favor. ¿Sabes quién hizo las investigaciones para descubrir el pasado de Betty?

—Coultman habló de un tal Roxmire, pero eso es todo lo que sé.

Bassam pagó la cuenta y se marchó, resoplando como un toro enfurecido. La camarera se apoyó en la mesa con una mano, a la vez que ponía la otra en sus opulentas caderas.

—Está enfadado, parece —sonrió guiñando un ojo descaradamente.

—Ha tenido un contratiempo inesperado, eso es todo —respondió el joven.

—Se habrá enterado de que su mujer le pone cuernos.

—¿Cómo?

La camarera soltó una risita.

—Conozco a la señora Bassam. Algunas veces la he visto con un tipo al que hace unas semanas metieron una bala en las tripas.

—¿Roxmire?

—Sí. Pero no era el único. También solía divertirse con un tal Ca... Cowl...

—¿Coultsman?

—Eso es, no recordaba bien el nombre.

Norden asintió pensativamente. Sacó un billete de cinco dólares y lo enseñó con discreción.

—Sally...

—Me llamo Eva, señor.

—Muy bien, Eva. ¿Crees que el señor Bassam estaba enterado de las relaciones de su esposa con Roxmire?

—¡Naturalmente que tenía que estar enterado! —repuso la camarera, a la vez que se apoderaba del billete. Bajó la voz—. En confianza, yo creo que fue él quien mató a Roxmire.

—¿Y por qué no a Coultsman?

Eva hizo un signo gráfico con el índice y el pulgar de la mano, frotándoselos significativamente.

—El dinero, amigo, el dinero. Coultsman lo tiene, en tanto que Roxmire era sólo un hombre guapo.

En aquel momento, Norden pensó que su amigo le había engañado en buena parte.

Pero, por otra parte, comprendía su actitud y no se lo reprochó.

—Eva, gracias por todo —dijo, a la vez que se ponía en pie.

—Termino a las dos. ¿Por qué no viene a buscarme? —sugirió ella provocativamente.

—No sabes lo que me gustaría, pero me es absolutamente imposible.

—¿Por qué?

Norden se lo dijo al oído. Eva abrió unos ojos como platos.

—¿Es posible?

—Como lo oyes. En ese aspecto, soy... nada.

Norden se marchó. Eva sacó un pañuelo y se enjugó las lágrimas que le había provocado la inesperada noticia. El dueño del local observó aquello y se acercó a la joven.

—¿Qué diablos te pasa? ¿Por qué lloras, Eva?

—Ese joven que acaba de marcharse... —Hipó ella—. Es... bueno, no es hombre... Hace años, un sádico al que le había arrebatado la novia, le tendió una encerrona y le... le cortó...

El dueño se quedó estupefacto.

—Eva, ¿qué tonterías estás diciendo? Conozco al señor Norden desde hace tiempo y sé que jamás ha sufrido mutilación alguna.

La camarera dejó de llorar en el acto.

—Jefe, puede que eso le suceda de verdad si vuelvo a echármelo a la cara —exclamó, rabiosa por la burla de que había sido objeto.

CAPÍTULO V

Abrió la puerta y vio a una mujer que hacía algo en los cajones de una mesa. Ella no se había dado cuenta de su presencia y Norden tocó en la madera con los nudillos, para llamar su atención.

La mujer levantó la vista. Era de mediana edad, delgada, de pecho plano, cabellos grises y muy miope.

—Si quiere algo, pierde el tiempo —dijo ácidamente—. La agencia se ha clausurado.

—Sin duda, a causa de la muerte de su dueño.

—Exacto. Lo siento, yo estoy liquidando los últimos asuntos. Era su secretaria.

—Y yo un buen amigo de Jack Morris. Me llamo Nick Norden.

—Oh... Encantada, señor Norden. Soy Mizzy Baker. ¿Puedo servirle en algo?

Norden cruzó el umbral y cerró la puerta.

—Sí, creo que podrá ayudarme —contestó—. Sé que Jack realizó una investigación por cuenta de Elizabeth Bell.

—Es cierto. Fue su último trabajo. Y muy productivo, por cierto.

—También conozco ese detalle. Jack debió de tomar notas, apuntes... ¿Podría verlos?

Mizzy vaciló unos instantes.

—El algo confidencial, compréndalo.

—Yo también trabajo para la señorita Bell. Llámela por teléfono, si no me cree. —Está bien— dijo Mizzy. —Le creo, señor Norden. Sé dónde están esas notas y se las voy a entregar ahora mismo. ¿Puede aguardar un momento, por favor?

—Desde luego.

La secretaria se dispuso a abandonar la estancia. Norden agitó una mano.

—¿Es que no están aquí esos documentos?

Mizzy se volvió.

—El señor Morris los consideraba demasiado importantes para tenerlos casi a la vista del público. Naturalmente, yo conocía el escondite donde los guardaba, cosa que solía hacer en más de una ocasión con otros informes. Era muy precavido, señor Norden.

—Sus precauciones le abandonaron cuando se compró el Mercedes, señorita Baker.

Los ojos de Mizzy centellearon detrás de los gruesos cristales de sus lentes.

—En confianza, señor Norden. Creo que fue un asesinato.

El joven respingó.

—¿De veras?

—Conocía bien al pobre señor Morris. No corría nunca demasiado, ni siquiera con un coche que podía alcanzar los doscientos veinte por hora.

—Se estrelló contra un árbol...

—El morro del Mercedes no estaba demasiado abollado. El tenía la cara intacta, pero su cráneo estaba hundido por la parte posterior. En esas condiciones, ¿cree usted de veras en un accidente casual?

—Evidentemente, no. Lo asesinaron y luego simularon el choque.

—Es lo que les dije yo a los policías que investigaron el asunto, cuando me enteré de los detalles del caso. Pero no parecieron preocuparse mucho del asunto. Con su permiso, señor Norden; voy a traerle esos documentos...

Mizzy pasó a una habitación contigua. El joven se pellizcó el labio inferior. Morris, asesinado. ¿Por qué?

Era fácil adivinar las causas: todo tenía su base en el asunto de la Fundación Greenstone, una mina de dinero que alguien quería conseguir a toda costa.

Sus reflexiones fueron repentinamente interrumpidas por un agudo chillido de terror. Casi en el mismo instante, oyó un ligero chasquido, seguido del ruido de un cuerpo al caer por tierra.

Mizzy se quejó agudamente, Norden, alarmado, se precipitó hacia la otra estancia.

Un hombre se disponía a salir por la escalera de incendios.

Norden vio unos papeles en su mano izquierda. En la otra llevaba una pistola, que escupió un casi silencioso fogonazo.

El joven se ladeó hacia la derecha. Una vivísima sensación de quemadura le acometió en el brazo izquierdo y se tiró al suelo, apenas medio segundo antes de que el desconocido hiciese un nuevo disparo. Luego, Norden rodó para salirse del campo de tiro del asesino y, en una visión que duró un cortísimo instante, se dio cuenta de que escapaba sin remedio.

Pasaron algunos segundos. Al fin, Norden se sentó en el suelo.

Mizzy yacía a pocos pasos, con la cabeza doblada a un lado. En el centro de su pecho se veía una mancha de sangre que se extendía con rapidez.

Luego notó que le escocía el brazo y volvió la cabeza. La bala le había rozado la piel, haciendo un surco sangriento, aunque, por fortuna, sin profundizar en la carne. Sacó un pañuelo, lo ató en torno a la herida y, poniéndose en pie pesadamente, fue en busca del teléfono.

* * *

El correcto mayordomo recibió a Norden y le acompañó hasta la puerta del saloncito.

—La señorita Bell le está aguardando, señor.

—Gracias, Octavius.

El mayordomo rondaba ya los setenta años, pero aún se mantenía fuerte y erguido. Tenía el pelo completamente blanco y, por un momento, Norden pensó en el enigmático señor Smith, pero éste, recordó, era mucho más fornido y ancho de hombros y ligeramente más bajo. No, decididamente, Octavius no era el asesino.

Betty estaba sentada, repasando unos documentos, y se puso en pie al verle.

—Celebro que hayas llegado, Nick —dijo—. Tengo algo importante que comunicarte. —Siento haberme retrasado— se disculpó él. —Pero me dispararon dos tiros, uno de los cuales me alcanzó, y tuve que pasar por el hospital, sin contar con el rato que estuve con los de Homicidios.

Betty palideció.

—¿Han querido matarte? —Se asustó.

—Sospecho que fue el mismo que mató a Shafter... quien, esta misma tarde, mató a la secretaria de Morris, cuando ésta se disponía a entregarme unos documentos que yo le había pedido.

—¡Dios mío! —Betty volvió a sentarse—. ¿Por qué, Nick?

Norden se acercó a una consola y se sirvió dos dedos de coñac.

—Morris te pasó ciertos informes, ¿no es cierto?

—Sí —admitió ella—. Y luego yo, preparé los sobres con las acusaciones...

—¿Qué hiciste después con los informes?

—Los quemé. Naturalmente, no se lo dije a los demás...

Norden levantó la vista al cielo.

—Menuda tontería —calificó duramente.

—Ya no tenían importancia —se defendió la joven—. A fin de cuentas, sólo eran unos informes...

—Sin las pruebas.

—Morris las tendría, supongo.

—El asesino se las llevó. Quizá todo lo que hiciste no te ha servido para nada y te obligue a dimitir de nuevo.

—¿Quieres decir —se asombró la joven—, que se trata de uno de los consejeros? —No creo que sea un jefe de tribu esquimal— contestó él. —La fundación es un bocado muy apetitoso y hay quien no piensa parar, hasta engullirlo por completo.

—Quizá las cosas sean como dices, aunque un poco distintas —manifestó ella.

—A ver, explícate, Betty.

—Hoy he recibido una carta. Se ve claramente que es un chantaje.

—¿Seguro?

—Noventa y nueve por ciento de posibilidades en favor del chantaje —respondió ella—. Me la escribe un tal Thomas Schneider, director y presidente del Instituto Benéfico para Huérfanos Subnormales, y me pide una contribución mensual de cincuenta mil dólares. Schneider dice que la fundación no puede negarse a entregar esa suma, debido a sus fines benéficos, que constan en sus estatutos fundacionales. Añade que yo, como presidenta, estoy en condiciones de comprender muy bien lo que es la infancia desvalida a consecuencia de que la mayoría de sus padres han tenido o tienen

una vida muy agitada.

No menciona claramente mi pasado, pero da a entender que lo conoce perfectamente.

Norden hizo un gesto de aprobación con la cabeza.

—Parece que el chantajista ha cambiado de *modus operandi* —comentó—. Cincuenta mil mensuales son seiscientos mil al año... Una bonita renta, ¿no te parece?

—Sí, pero ¿qué puedo hacer, Nick? La carta añade que ya me llamará por teléfono, para indicarme el lugar donde debo realizar la primera entrega, naturalmente, en billetes pequeños y sin marcar.

—Las instituciones benéficas admiten cheques. Si aceptan limosnas, es en pequeñas cantidades, como las iglesias tienen sus cepillos para donativos. Jamás había oído que un orfanato pidiese billetes pequeños y sin marcar.

—Eso es lo que me reafirma en mi opinión del chantaje, Nick —dijo la joven.

—Y Schneider sabe que lo comprenderás y no menciona apenas tu pasado, salvo con circunloquios, pero así te obliga a pagar. Muy astuto, muy astuto —sonrió Norden.

—Estoy de acuerdo contigo, pero ¿qué puedo hacer, Nick? —preguntó Betty, mientras se retorció las manos nerviosamente.

—De momento, pagar. Así calmaremos las ansias de dinero del chantajista y tendremos un plazo para continuar investigando. Por cierto, ¿tienes ahí la carta?

—Sí, desde luego. Tómala...

Norden leyó atentamente la carta, escrita en un papel corriente y sin ninguna marca especial. La máquina, se dijo, sería de un tipo muy barato y, seguramente, habría sido lanzada al mar, una vez enviada la carta. En la firma, lo único manuscrito en la misiva, notó algo que le pareció enteramente justificado.

—Firmó con la mano izquierda —dijo.

—¿Sí, Nick?

—Seguro. Bueno, al menos, menciona la dirección de ese orfanato. ¿Y ya es algo?

—Pero no indica su número de teléfono...

—Claro —sonrió el joven—. Schneider sabe que tú te darás cuenta de que es una extorsión y que no te preocuparás de hacer indagaciones por teléfono. Y, suponiendo que quisieras denunciarlo,

para cualquiera que no esté en el intríngulis del asunto, es una carta perfectamente inofensiva, en la que no se advierte una amenaza que permita una actuación oficial.

Betty asintió.

—Es verdad —dijo apesadumbrada—. Nick, ¿se te ocurre alguna idea?

—Sí. —Norden dobló la carta y la guardó en un bolsillo—. Me la quedo y ya iré a ver si es cierto que ese orfanato existe en la dirección que aquí se indica. Pero el chantajista tiene que ponerse en contacto contigo, para darte instrucciones acerca de la entrega del dinero. Quiero saberlo inmediatamente, ¿estamos?

—Te llamaré...

—Por teléfono, no, no me fío de que no haya una derivación. Escríbeme una nota con los datos mínimos: día, hora y lugar de la entrega. Luego me la envías con alguien de tu confianza.

—Mi secretaria privada. Era la del difunto Greenstone. Norden meditó unos instantes.

—Prefiero que lo haga Octavius —dijo al cabo—. Si no me encuentra en casa, dile que deje la nota a Pat Swan, en el Golden Rifle. Es un buen amigo, de toda confianza, y el bar está casi frente a mi casa. ¿Has comprendido?

Betty le miró y sonrió. Su rostro pareció transformarse por completo.

—Nick, no sé cómo agradecerte... Por cierto, aún no me has hablado de dinero como pago de tu trabajo —exclamó.

—Ya te pasaré la factura en el momento oportuno —respondió Norden alegremente.

CAPÍTULO VI

Detuvo el coche junto a la acera y contempló el vasto solar, en el que sólo se veían basuras y latas vacías. La valla estaba medio derrumbada. El abandono del lugar saltaba a la vista.

En el lado opuesto, vio una barraca de tablas y techo de hojalata acanalada. Un hombre salió en aquel momento, con una botella en la mano, y le miró con curiosidad.

Norden sacó la carta y examinó la dirección de nuevo. Sí, allí era...

—Aquí debería estar ese orfanato, mejor dicho —murmuró.

El chantajista, pensó, no carecía de sentido del humor. Aunque sus víctimas no podrían decir lo mismo.

Dobló la carta y la guardó nuevamente. El hombre empezó a cruzar el solar.

—Está en venta, amigo —dijo, al llegar junto al coche—. ¿Quieres comprarlo?

Norden estudió al sujeto. Debía de tener más de cincuenta años y en su barba de dos semanas había abundantes pelos blancos. Las ropas aparecían muy usadas. La botella asomaba por uno de los bolsillos de la raída chaqueta.

—¿Es suyo? —sonrió.

—Ojalá —contestó el sujeto—. Lo malo es que si un día lo venden, me tendré que ir con la música a otra parte. Quiero decir que me tendré que mudar.

—Comprendo, pero no puedo hacer nada.

—Me alegro de que no sea un comprador. Así continuaré viviendo en esa choza. Me la hice yo, ¿sabe? Hubo un tiempo en que dirigía una cuadrilla de albañiles y obreros de la construcción.

—Está muy bien hecha, en efecto. Oiga, ¿sabe a quién pertenece

el solar?

—Es de la Building & Towers, una sociedad que se dedica a construir edificios. Por cierto, me llamo Jerry Miles.

—Nick Norden —contestó el joven—. De modo que la Building & Towers, ¿eh? —Sí, pero no sé más detalles. Creo que tienen las oficinas en el centro comercial, pero no me pregunte otra cosa, porque no se la podré decir.

Norden sacó un billete de cinco dólares y se lo entregó a Miles.

—Y a buscaré esas oficinas —se despidió.

Un poco más adelante, viró en redondo y regresó al centro. Entró en un bar, pidió una taza de café y luego hizo que le trajeran la guía telefónica.

Media hora más tarde, se encontraba en un lujoso antedespacho, atendido por una eficiente secretaria, muy hermosa, pero cuya expresión alejaba de inmediato toda idea de galantería. Norden indicó sus deseos de hablar con el presidente de la

B. & T.

y la secretaria contestó que iría a ver si le podía recibir. Un minuto más tarde, la empleada se hizo visible de nuevo.

—Señor Norden, tenga la bondad de pasar; el señor Coultman puede dedicarle cinco minutos de su tiempo —dijo.

* * *

Era fornido, ancho de hombros, de mandíbula saliente y mirada agresiva, Norden trató de imaginárselo con peluca y barba postiza, blancas ambas. Quizá era él, se dijo.

Coultman le señaló una butaca.

—Sea breve —rogó.

—Gracias, señor Coultman. Me gustaría conocer detalles del solar que tiene su empresa en el número tres mil quinientos doce de la Avenida Markhane.

—¿Piensa comprarlo, señor Norden? —sonrió el sujeto.

—Conocer detalles no cuesta mucho, creo.

—El primero y principal es que el solar vale seiscientos mil

dólares. Y es un precio barato, créame.

—Según se mire... Quizá resulte una fruslería para la fundación Greenstone.

Coultsman se envaró en el acto.

—¿Por qué menciona esa fundación? —preguntó.

—Usted es uno de los consejeros, ¿no?

—Ciertamente, pero aquí, en este despacho, no suelo tratar de asuntos relacionados con la fundación.

—En este caso, me temo que sí, señor Coultsman. Fue usted quien concibió la idea de investigar el pasado de Betty Bell. Junto con otra consejera, Carrie Keyton.

—¿Y qué? —barbotó el hombre—. A ninguno de nosotros nos merecía la menor confianza. Estuvo condenada por prostitución y tráfico de drogas. Fue la amante de Greenstone...

—¿Bastan esos hechos para condenar de nuevo a una persona, cuando ya se ha regenerado? La señorita Betty Bell alcanzó el doctorado en Ciencias Económicas, después de haber cumplido su sentencia.

—Eso sólo significa que es lista e inteligente, pero no borra otros defectos como los mencionados. Señor Norden, la fundación tiene un prestigio que no puede perder, si se conociese el pasado de la señorita Bell.

—Personalmente, opino que nadie divulgará ese pasado. Simplemente, hay quien se sirve de él para amenazar a Betty, eso es todo. —Yo ya he dejado de presionarla— contestó Coultsman.

—Porque ella, a su vez, contraatacó de un modo muy eficiente. ¿Cuál era el defecto que le encontró a usted?

—Permítame que no responda a su pregunta. Es un asunto que sólo me concierne a mí —dijo el hombre envaradamente.

—Me lo imagino. Señor Coultsman, ¿piensa vender su empresa el solar de Markhane?

—Si alguien paga seiscientos mil dólares, inmediatamente.

—Gracias. Otra pregunta más, por favor.

—Hágala y márchese; ya han pasado de sobra los cinco minutos que le concedí.

—Muy bien Usted hizo investigar el pasado de Betty. Pero no la conocía apenas, creo.

—La había visto muchas veces en la residencia de Greenstone.

—Eso no es suficiente para sospechar que había estado presa.

—Alguien me lo dijo...

—¿Quién? Ésa es la pregunta que quería hacerle.

—No lo sé. Me llamaron por teléfono... No dijo su nombre, es todo lo que puedo decirle.

Coultsman se puso en pie.

—Ahora yo le voy a hacer otra pregunta: ¿Trabaja para Betty?

—Respuesta afirmativa —sonrió Norden.

—¿Por qué?

—Primero, la conozco desde hace unos diez años y sé que es una muchacha que pudo tener un tropiezo, pero que supo levantarse de nuevo. Segundo, quiero evitar que un desaprensivo, además de asesino, meta impunemente sus manos en el cofre del tesoro que es la fundación. ¡Buenos días, señor Coultsman!

El hombre se quedó con la boca abierta. Cuando quiso darse cuenta, estaba solo en el despacho.

* * *

—Sospecho de Coultsman —dijo Norden aquella noche, en un restaurante discreto, al que habían acudido a cenar juntos.

—¿Por qué? —quiso saber Betty.

—El solar, el haber ideado investigar tu pasado... No me trago el cuento de que alguien le «sopló» la idea.

—Bueno, pero él no sabía nada. Ningún consejero conocía de mí ese dato tan poco agradable —alegó la joven.

—Betty, si yo quisiera deshacerme de un rival, sin emplear las armas, claro; si quisiera que tú dimitieses de tu cargo, lo primero que haría sería buscar el modo de conseguirlo con el mínimo de riesgo y el máximo de eficacia. —Aun así, no tenían motivos para indagar en mi pasado.

—Mira, tú llevabas poco tiempo con Greenstone. Te lo metiste en el bolsillo en cuatro días, como quien dice...

—El anterior asesor era ya viejo, muy conservador, carecía de ideas renovadoras y, además, se había desinteresado por completo de los asuntos de Greenstone. Había empezado a tener pérdidas y yo enderecé el rumbo de sus negocios. Greenstone sabía apreciar la fidelidad y la inteligencia, dicho sea sin falsa modestia.

—Bueno, pero es el caso del recién llegado que consigue lo que otros no han logrado en años de espera. No podías confiar en que los consejeros bailasen de alegría al conocer tu nombramiento.

—Eso es verdad —admitió la joven. Meneó la cabeza—. Sin embargo, me cuesta mucho creer que Coultman...

—El dirigió la revuelta, ¿no? En unión de Carrie Keyton, claro. Pero los demás le siguieron sin vacilar.

—¿Es suficiente para acusarle, Nick?

—Al menos, es suficiente para considerarlo como el principal sospechoso. Pero podré decirte más cosas cuando haya visto a Carrie Keyton.

—¿Piensas visitarla?

—Mañana, sin falta. —Norden sonrió—. ¿Qué tal has cenado?

—Estupendamente, Nick.

—Lo celebro. —El joven la miró detenidamente—. Estás muy pálida y hasta tienes ojeras. Trabajas demasiado, Betty.

—No tengo otro remedio...

—Las cosas no empeorarán porque te tomes unos pocos días de vacaciones.

—¿Tú crees?

—Si no fuese por temor a que pensaras mal de mí, te indicaría un sitio donde podrías olvidar durante unos días todas tus preocupaciones. Betty, desengáñate, el mundo no se va a detener porque tú te tomes un buen descanso.

—Quizá acepte la proposición —contestó ella.

—Te conviene —insistió Norden.

Había terminado ya y levantó la mano para llamar al camarero. Una vez abonada la cuenta, salieron a la calle.

Norden había ido a recoger a la joven a su casa, por lo que habían utilizado el coche de él. Galante, abrió la portezuela derecha y esperó a que ella estuviera sentada para pasar al otro lado.

Cuando se hubo acomodado, Betty le enseñó un papel.

—Estaba en tu asiento —indicó.

Norden desdobló el papel, que estaba plegado por la mitad. Era una nota y leyó rápidamente su contenido. Luego se lo pasó a Betty.

—Toma, lee.

Ella obedeció. Su rostro se puso gris de inmediato.

—Oh, no, no pueden hacerme una cosa así... —protestó,

indignada.

—Pueden hacerlo —dijo él fríamente—. En realidad, es lo que buscan, presionarte por todos los medios y desde todos los ángulos.

El mensaje era escueto y contundente al mismo tiempo:

«DESPACHE A NORDEN. DEBE CESAR INMEDIATAMENTE EN SUS ACTIVIDADES O LEVANTAREMOS LA TAPA DE LA OLLA».

No había más, advirtió el joven en una segunda lectura. Pero, de pronto, notó algo que le hizo sonreír.

—Betty, este tipo ha cometido un error —dijo—. Te ha escrito la carta con el mismo papel y la misma máquina que la anterior.

—¿Puede resultar importante, Nick?

—Desde luego. Pero no te apures. Mira, mañana mismo te irás al refugio que he mencionado antes. No te preocupes en unos cuantos días. El chantajista quizá te llame, pero le contestarán que estás ausente. El quiere dinero sobre todo y se verá obligado a esperar. Mientras tanto, yo me moveré en la ciudad y procuraré echarle el guante.

—Si todo saliera bien... —suspiró ella.

Norden dio unas cuantas palmaditas en su rodilla.

—Todo saldrá bien —vaticinó.

* * *

Carrie Keyton oyó la campanilla de la puerta y se dispuso a abrir. Momentos después, arqueó las cejas al reconocer a su visitante.

—¿Qué diablos haces aquí? —preguntó.

—Quiero hablar contigo —respondió él.

—Sé breve —dijo Carrie—. Estoy aguardando una visita.

—¿Norden?

—¿Cómo lo sabes?

El hombre sonrió.

—Ese condenado sujeto está removiendo las cosas demasiado. Tendré que darle un buen escarmiento, para que deje de meter las

narices en donde no le importa —dijo.

—Me llamó por teléfono. No me pareció prudente negarme a la entrevista.

—Puede ser peligroso, Carrie.

—Sé cuidar de mi misma —respondió ella desabridadamente—. Y, si me permites un consejo, márchate antes de que llegue.

—Pienso hacerlo, descuida. Pero ¿no me invitas a una copa?

—Una sola. ¿Estamos?

—Como quieras, Carrie. Fracasó nuestro plan, ¿verdad?

Ella emitió un juramento en voz baja. El hombre se echó a reír.

—¿Cómo marchan tus asuntos económicos?

Carrie no contestó. Llenó la copa y se la ofreció al visitante.

—No marchan bien —dijo éste—. Andas escasa de dinero...

—¿Y qué? —chilló la mujer—. ¿Qué puede importarte eso a ti?

—Estás despechada, frustrada... Tal vez confiabas en que Greenstone te nombrase presidenta.

—Tenía méritos para ello, ¿verdad?

—Sí, el de haber sido su amante hace un cuarto de siglo.

Carrie le amenazó con el índice.

—No me exasperes, tú —dijo—. Termina esa copa y lárgate.

—A ti te convendría otro trago. Estás muy alterada. Debes aparecer tranquila cuando llegue Norden.

Ella inspiró.

—Sí, tal vez tengas razón...

Volvióse de espaldas al hombre y destapó el frasco. En aquella posición no podía ver lo que hacía su visitante, quien acababa de sacar un cordón largo y flexible.

Súbitamente, el cordón se enroscó en torno al cuello de la mujer. Ella intentó defenderse, pero el asesino había apretado mucho y muy bruscamente, y sus desesperados esfuerzos cesaron a los pocos instantes.

Momentos después, el asesino preparó adecuadamente el escenario. Había usado guantes todo el tiempo, de modo que no se preocupó por las huellas dactilares. Lo único que hizo fue vaciar y limpiar su copa, a fin de que nadie supiera que había estado allí.

Norden llegó treinta minutos más tarde y cuando vio a Carrie, con un palmo de lengua fuera y colgada del montante de una puerta, con una silla volcada bajo sus pies, supo que ya no podría

hablar con ella.

Parecía un suicidio, pero lo dudaba mucho.

Era una boca comprometedora, que alguien había cerrado para siempre.

CAPÍTULO VII

Estaba sentada en una roca, al sol, junto al arroyo de aguas tan transparentes como el cristal. A cincuenta metros, se veía un salto de agua de cinco o seis metros de altura. En torno a ella, había árboles de majestuosa apariencia. Las copas de algunos alcanzaban los cincuenta y hasta los sesenta metros.

Betty llevaba puesto un traje de baño de dos piezas, de color azul claro, sus cabellos estaban sueltos y no había el menor rastro de maquillaje en su rostro. Echada ligeramente hacia atrás, apoyada en las manos, dejaba que el sol acariciase su epidermis, mientras una tenue brisa provocaba susurros en las hojas de los árboles.

De pronto, oyó una voz a su lado:

—Debiera haberme traído la cámara fotográfica. Es una escena que me gustaría reproducir, para contemplarla continuamente.

Betty se irguió.

—¡Nick! ¿Cómo se te ha ocurrido?

Norden, en traje de baño y con una toalla en la mano, se sentó a su lado.

—Se me ocurrió que también me convenían unas horas de descanso —contestó—. ¿Qué tal lo estás pasando?

—De maravilla —confesó la joven—. Hacía años que no me sentía tan relajada. La soledad, el silencio, estos parajes tan hermosos... Parece un mundo irreal, de ensueño, como creado por la mente de un mago inmensamente poderoso para satisfacción del afortunado que es su dueño. ¿Es tuyo, Nick?

Norden sonrió, satisfecho del entusiasmo que demostraba la joven.

—Sí, es mío —contestó—. Es una propiedad bastante extensa. Yo diría que alcanza, aproximadamente, a un kilómetro en torno a

la cabaña.

—Pero debe tener un valor enorme —se asombró Betty—. Son muchas hectáreas...

—Es un bosque protegido y no se puede hacer en él lo que se desea. Si la ley permitiera talar y edificar a capricho, no digo que no valiese millones, sobre todo, teniendo en cuenta que también abunda la caza. Pero hay unas normas muy estrictas y el que las quebranta puede encontrarse en la cárcel para una buena temporada. Aparte de ello, hemos de contar con los guardabosques que patrullan casi constantemente y no permiten la menor alteración de lo ya existente.

—Me parece muy bien. ¿Cómo se te ocurrió construir aquí tu cabaña?

—Bueno, ya estaba construida...

—Entonces, la compraste.

—No exactamente. Había estado aquí en una ocasión y el lugar me gustó. Más adelante, el dueño se encontró en un serio aprieto. Podía costarle millones sin contar con un más que probable pleito de divorcio. A su mujer, por cierto, no le gustaba la propiedad.

—Y te la quedaste como pago de sus honorarios —adivinó Betty.

—El hombre se había cansado ya de un lugar demasiado bucólico. Era persona de rápidos entusiasmos por todo, que se extinguían muy pronto. Aceptó encantado cuando se lo propuse.

Betty sonrió, mientras le miraba oblicuamente.

—Nick, ¿eres un bandido generoso?

—Admito que a veces paso al otro lado de la ley, pero siempre caigo donde hay alguien que vive de quebrantarla. No se me ocurriría hacer una de estas cosas con una persona decente.

—Y te va bien, supongo.

—No puedo quejarme, aunque, en ocasiones, encuentro muchas dificultades. Como en tu caso, por ejemplo.

—¿Qué sucede ahora, Nick? —se alarmó la joven.

—Carrie Keyton fue asesinada, aunque el hecho se ha calificado como suicidio.

Betty se quedó sin habla. Sus ojos expresaban el horror que le causaba la noticia.

—¿E... es cierto? —preguntó, al cabo de unos segundos.

—Rigurosamente cierto. Yo encontré su cadáver. La ahorcaron,

así como suena.

* * *

Ella parecía abrumada por lo que acababa de escuchar. Norden había llevado consigo tabaco y fósforos y le pasó un cigarrillo encendido.

Pasaron algunos segundos. Betty fue la primera en hablar:

—Nick, ¿cómo puedes afirmar que fue un asesinato, si parece un suicidio? —preguntó.

—Bueno, habíamos conversado poco antes y ella había aceptado una entrevista. Me dio la sensación de que tenía ganas de hablar, como si quisiera descargarse de algún peso... Betty, una persona no se suicida en estas condiciones; en todo caso, creo, lo habría hecho después de la entrevista.

—Entonces, la asesinaron, ¿por qué?

—La culpa es del testamento de Greenstone. Si no te hubiese nombrado presidenta de la fundación, un consejero no habría sentido la tentación de lanzarse por la senda del crimen, para decirlo con una frase tópica, pero perfectamente adecuada al caso. Carrie sabía algo y era preciso evitar que lo divulgase. Además, se encontraba en dificultades económicas. Un motivo perfecto para el asesinato, ¿no te parece?

Betty inhaló el humo del cigarrillo.

—Sí, estoy de acuerdo contigo —contestó—. Nick, ¿qué piensas hacer ahora?

—Bueno, hay un problema que me está calentado los sesos desde el principio, y son los documentos que tú ibas a comprar a Shafter el día en que lo asesinaron. El criminal no los encontró, de eso estoy seguro. ¿Dónde los escondió Shafter?

—Deben de estar muy bien guardados —apuntó ella—. Pero en cambio, se llevó los papeles de Morris.

—Es cierto, y tiene una fácil explicación. Imagínate que consigue tu dimisión. Ahora ya sabe de qué pie cojean los restantes consejeros. Le sería fácil obtener su dimisión, bajo la amenaza de divulgar sus pecadillos. Y puesto que faltaría un consejero, para ocupar la vacante de Carrie, ya se encargaría él de encontrar uno que se plegase sin dificultad a sus deseos.

—Un plan muy astuto, aunque de difícil realización —calificó la joven.

—Ciertamente, pero los beneficios, si tiene éxito, serían inmensos...

Callaron unos momentos. Luego, Norden dijo:

—Betty, tienes que perdonarme la indiscreción, pero hay algo que me extraña infinito. Hasta ahora, no he querido comentarlo contigo y, sin embargo, ya me parece que es hora de que me digas la verdad.

—¿A qué te refieres? —preguntó ella, extrañada.

—A tu pasado. Cumpliste condena por prostitución y tráfico de drogas.

—Es cierto —admitió Betty con voz tensa.

—Muy bien. Mira, conozco un poco la vida y también sé conocer a las personas, hasta cierto punto, claro. En la Universidad hay mucho tráfico de drogas y no niego que algún día pudiste caer en esa tentación. Pero lo que me parece absolutamente increíble es que, además, te dedicaras a la prostitución. No, eso no puedo creerlo, Betty.

Ella sonrió dulcemente.

—Y, sin embargo, me condenaron.

—¡Un momento! A veces, se dictan sentencias bajo el peso de pruebas falsas. Eso no significa que tú fueses una...

Ella agarró su mano con súbito ademán.

—Nick, por favor, no sigamos discutiendo este tema —rogó—. No sabes cuánto te agradezco lo que has dicho; has conseguido emocionarme, por la fe que demuestras tener en mí. Pero dejémoslo, ¿quieres?

—Muy bien, si es tu deseo...

Betty se puso en pie, esplendorosamente hermosa, llena de atractivos.

—Ahora nos daremos un baño —propuso—. Luego volveremos a la cabaña y te prepararé una comida que acabarás chupándote los dedos.

Norden se levantó también.

—Báñate tú, yo soy muy friolero y el agua del arroyo no está a mi temperatura...

En el mismo instante, sonó una detonación.

Los pájaros del bosque, asustados, levantaron el vuelo y huyeron, aleteando ruidosamente. Aterrada, Betty vio que el joven se llevaba las manos a la cabeza y que, después de un par de traspiés, se precipitaba de cabeza hacia adelante. Cayó en el agua, con gran chapoteo de espumas, y desapareció de su vista.

* * *

Corría desolada hacia la cabaña, olvidada de todo, pensando solamente en pedir ayuda a alguien. Se había zambullido en el agua un par de veces, sin conseguir encontrar el cuerpo de Norden. Tal vez la corriente lo había arrastrado... Era preciso encontrarlo, aunque desesperaba de que siguiera con vida. Si la bala del desconocido asesino no había cumplido su cometido, Nick estaría ya ahogado, pensó, abrumada por el desastre que se había abatido sobre ella de forma tan inesperada.

Entró en la cabaña y empezó a vestirse a puñados. Fuera tenía el coche; iría a la ciudad más próxima, a cinco millas de distancia y...

Cuando se disponía a salir, vio una silueta en el umbral, cerrándole el paso. Vio que el hombre estaba vestido por completo y supo en el acto que no era Norden.

No, no podía ser Nick. Estaba muerto, seguramente, en algún lugar del arroyo, con los ojos muy abiertos bajo el agua...

El hombre tenía un rifle en la mano derecha y, tras dejarlo apoyado en la jamba de la puerta y, sonriendo extrañamente, dio un paso hacia adelante. Betty adivinó inmediatamente quien era.

—Usted lo ha asesinado...

—Admito que lo hice —contestó el sujeto con cinismo—. Me pagaron bien, todo hay que decirlo. Y también me mencionaron a usted.

—¿Piensa matarme?

—Oh, no, en absoluto. ¿Cómo destruir un cuerpo tan bello? Pero ese cuerpo tiene unos encantos que sería una lástima desaprovechar.

El asesino dio otro paso hacia adelante. Alargó una mano y rozó el seno izquierdo de la joven. Betty le asestó un manotazo.

—¡Cerdo! —le apostrofó.

De súbito, el hombre la abrazó y buscó su boca. Ella se resistió

desesperadamente, adivinando las intenciones del asesino. Éste, sujetándola por la cintura con una mano, movió la otra y rasgó de un tirón la blusa.

El pecho de Betty quedó enteramente al descubierto. La visión de aquellos hermosos senos pareció enloquecer al sujeto. Ejecutó una zancadilla y Betty, sin poder evitarlo, cayó de espaldas al suelo.

El asesino se le arrojó encima, con la furia de un hambriento. Betty se vio perdida. Era un hombre muy fuerte y no podría resistir...

De pronto, oyó un doc, como si alguien hubiese golpeado un coco con una piedra. Con el rostro del asesino a pocos centímetros del suyo, le vio bizquear los ojos un instante y luego cerrarlos, apenas un segundo antes de rodar a un lado sin conocimiento.

Luego elevó la vista y un grito frenético se escapó de sus labios:
—¡Nick, estás vivo!

* * *

Norden fue a un aparador, destapó una botella, se sirvió un poco de *whisky* y lo bebió de un trago. Betty le miraba como si estuviese contemplando a un resucitado.

Al fin, Norden sonrió:

—Sería conveniente que te pusieras algo —dijo.

Ella lanzó un grito de susto y corrió a vestirse de nuevo en el dormitorio. Cuando volvió, Norden estaba arrodillado junto al sujeto, que todavía permanecía sin conocimiento.

Norden tenía en la mano una billetera.

—Se llama... ¡ejem!, Hal Calten. Seguramente, es una identidad falsa. ¿A quién va a hacer creer este tipo que es viajante comercial? Pero es una profesión que le permite moverse sin despertar sospechas por todo el país, para ganarse la vida, arrebatándosela a los demás.

—¿Un asesino profesional?

Norden volvió a hurgar en los bolsillos del sujeto. Instantes después, enseñaba un grueso fajo de billetes.

—Lo menos hay cinco mil dólares —dijo—. El precio de mi vida.

—Vino a matarte... —La voz de Betty era aún temblorosa—. Y yo te creí muerto...

Norden sonrió, mientras se pasaba una mano por el lado izquierdo de la cabeza. —Apostaría que el proyectil se me llevó unos cuantos pelos— contestó—. No sabes lo desagradable que resulta oír el silbido de una bala tan cerca de la oreja.

—Entonces, simulaste estar muerto...

—Si no lo hubiera hecho así, Calten habría sentido la tentación de repetir el disparo. Entonces, me dejé caer al agua y él quedó convencido de que había acertado a la primera.

—Pero luego vino aquí a... Bueno, imagínatelo —dijo Betty, con el rostro muy encarnado.

—Sí, alguien le informó de que podías estar aquí... o quizá te vio correr entre los árboles y decidió que podía pasar un rato placentero. Una cosa es segura: Calten sabía que yo poseía una cabaña en este paraje y vino derecho para quitarme de en medio.

—Porque alguien le pagó para que lo hiciera. ¿Sabes quién es?

—Sí, una persona que no se atreve a matarme cara a cara —contestó Norden con cierta displicencia—. Aunque no se me ocurre quién pueda ser. Calten empezó a rebullir. Betty lo advirtió.

—Empieza a despertarse —dijo—. ¿Piensas interrogarlo?

—De nada serviría —suspiró Norden—. Ni él mismo conoce el nombre de la persona que le contrató. Estas cosas suelen hacerse por teléfono; el contratante da un nombre y una dirección, y el contratado pide que le dejen el dinero en alguna parte. O bien, si se ven, el contratante va disfrazado y a un nombre ficticio... Smith, por ejemplo. No, no nos diría nada de particular.

De repente, se oyó el ruido de un coche en el exterior. Casi en el mismo instante, sonó una voz de mujer:

—Eh, ¿hay alguien ahí adentro?

Norden sonrió.

—Es Katy Sloan, la guardabosque —dijo—. Llega que ni caída del cielo.

CAPÍTULO VIII

Era una mujer de unos cuarenta años, voluminosa y exuberante, con una sonrisa fácil, gestos ampulosos y charla voluble. Se apeó del *jeep* y frunció el ceño al ver a un sujeto que se sentaba en el suelo, cogiéndose la cabeza con ambas manos.

—Nick, ¿qué rayos ha pasado aquí? —preguntó.

—Katy, sorprendí a este individuo cuando iba a disparar sobre una cierva y, además, preñada —contestó el joven sin pestañear—. Tuvimos una pequeña discusión y acabé dándole un buen guantazo. Luego lo traje a la cabaña, para reanimarlo...

—Un furtivo, ¿eh?

—Sí, y ya había disparado una vez, pero, sin duda, erró el tiro. Por eso supe que andaba por aquí y así pude sorprenderle sin que me viera hasta que fue demasiado tarde.

Katy llevaba uniforme de color caqui, con falda, y usaba sombrero de alas anchas y rígidas. Pendientes del cinturón llevaba unas esposas y se las puso sin vacilar al asesino.

—Bueno, se pasará una temporada a la sombra —dijo—. Aquí somos muy duros con los furtivos, ¿sabes, amiguito?

Calten no protestó. Norden se dio cuenta de que el asesino prefería ser acusado de cazar sin licencia.

—No te dejes su rifle, Katy —advirtió el joven.

—Descuida, lo usaré como prueba cuando le lleve ante el juez. Pero ¿qué diablos haces tú aquí...? —Katy se echó a reír bruscamente, al reparar en Betty—. Oh, perdona, creo que te he hecho una pregunta estúpida.

—Ella es Betty Bell —dijo Norden—. Betty, te presento a Katherine Sloan, la guardabosque más eficaz en quinientas millas a la redonda.

Katy tendió una mano hacia la joven.

—Encantada, preciosa —saludó efusivamente.

—Es un placer, señora Sloan...

—Cariño, llámame Katy, como lo hace tu amigo.

—Sí, Katy. ¿Me permite que le exprese mi asombro por saber que es usted guardabosque?

—Hace años que desempeño el cargo, muchacha. Me gusta... y mi difunto esposo también lo era. Nick, ¿has visto algo más fuera de lo normal?

—No. Katy.

—Bueno, ya he hecho mi trabajo por hoy. —La mujer agarró a Calten por un brazo y lo levantó como si fuese un pelele—. ¡Andando, tú; ahora vas a saber lo que es bueno! Calten continuaba en silencio. Sin protestar, se dejó llevar al coche y ocupó el asiento posterior. Katy lo aseguró con las mismas esposas, soltando una, para sujetarla a una barra de metal. Luego dejó el fusil en el asiento contiguo y ocupó su puesto tras el volante.

—Te avisaremos para que vengas a declarar, Nick —dijo.

—Iré con mucho gusto —respondió Norden.

Katy sonrió. Miró primero al joven y luego movió la barbilla en dirección a Betty.

—Un verdadero bombón, tú —dijo alegremente.

El *jeep* arrancó, viró en redondo y se lanzó por el camino de vuelta. Cuando el coche estaba dando la vuelta, Calten dirigió a Norden una mirada de odio. Norden contestó, abanicándose con el fajo de billetes.

A su lado, Betty, sonrojada, exclamó:

—Nick, esa mujer cree que tú y yo...

—No la vamos a sacar de su error, ¿verdad? —contestó él con jovial acento—. Deja que siga creyéndolo; no nos perjudicará en absoluto.

—En cambio, Calten sí puede perjudicarte. Es un delito menor; puede salir con fianza en pocos días.

—No lo creas —contradijo él—. En primer lugar, ni siquiera tiene licencia para usar el rifle, y Katy lo averiguará muy pronto. En segundo lugar, alguien la llamará por teléfono y le aconsejará que hagan una prueba de balística con ese fusil. Estoy seguro de que Calten ha cometido más de un asesinato. Alguna de sus balas tuvo

que quedar en el cuerpo de una de sus víctimas. Harán comparaciones y...

—Tú serás el que llame, ¿no?

—Exactamente. Bueno, Betty, ya ha pasado todo. Antes hablaste de un menú que me iba a encantar. ¿Te sientes con ánimos?

Ella hizo una profunda inspiración.

—Debiste avisarme que fingías...

—En aquellos momentos, no era conveniente. Así pudiste convencer a Calten de que creías en mi muerte.

—Sí, es cierto, pero ¡he pasado un miedo!

Norden se echó a reír. Agarró a la joven por un brazo y la empujó suavemente hacia la cabaña.

—¡Vamos, a la cocina!

Betty dio unos pasos. De pronto, se detuvo.

—Nick, ¿piensas quedarte con ese dinero?

Norden hizo saltar en el aire el fajo de billetes.

—Primero, el que pagó a Calten lo da por perdido. Segundo, si era el precio de mi vida, ¿quién más calificado que yo para pagarme a mí mismo por haber salvado mi propio pellejo?

Betty se echó a reír.

—Un razonamiento irrefutable —calificó.

—No lo dudes en absoluto —contestó él con toda desenvoltura.

* * *

Estaba preparándose para salir. Aquella noche pensaba ir a casa de Shafter. Tenía la seguridad de que los documentos que Smith no se había llevado, se encontraban escondidos en algún rincón de la casa. De pronto, oyó el timbre de la puerta.

Asomándose al dormitorio, lanzó un grito:

—¡Está abierto!

Oyó el ruido de la puerta y se puso el *pullover* negro, de cuello cerrado. Tras ajustárselo, salió de la estancia y parpadeó asombrado.

—¿Por qué te has puesto peluca negra? —preguntó.

Ella se volvió en el acto.

—¿Cómo dice, señor Norden?

El joven respingó. La visitante era una hermosa mujer, de unos

treinta y cuatro años, muy esbelta y cuyas facciones tenían un cierto parecido con las de Betty. Vista casi de espaldas y a primera impresión, había creído encontrarse inesperadamente con la joven.

—Dispense, señora; creí que era una... amiga...

Ella sonrió.

—No tiene importancia —contestó—. Soy Alma Barkham. Usted es Norden, supongo.

—En efecto. Barkham..., el apellido me suena, señora.

—Senador estatal, señor Norden.

—Oh, sí, ahora recuerdo... Y, muy pronto, según creo, senador de los Estados Unidos.

—En eso estamos —sonrió Alma—. ¿Puedo sentarme?

—Dispense, me sentía un poco aturdido... Ciertamente, no esperaba la visita de una dama tan... importante...

—Sin duda, esperaba otra visita, quizá menos importante, pero de mayor interés —dijo ella, a la vez que cruzaba las piernas y sacaba una elegante pitillera de plata.

—Corramos un tupido velo, señora —rió Norden—. Y dígame, ¿en qué puedo servirla? —Tengo entendido que usted realiza toda clase de servicios y siempre con la mayor discreción.

—Hasta cierto punto, eso es verdad. —Norden, galante, encendió el cigarrillo de su visitante—. ¿Se encuentra en algún compromiso, señora Barkham?

—Un collar de perlas, valorado en ciento cincuenta mil dólares. Me lo han robado, no sé cómo, y me piden veinticinco mil por el rescate. No puedo decírselo a mi esposo, porque me lo regaló él y, además, me tacharía de descuidada. Pero tampoco dispongo de la suma suficiente. Todo lo más, podría pagar hasta diez mil... que sería su recompensa si me devolviese el collar.

Norden meditó unos instantes. La recompensa era tentadora. Valía la pena aceptar el encargo. No le apartaría demasiado del otro caso y, además, sabía cómo rescatar el collar, sin grandes esfuerzos.

—Está bien —dijo al cabo—. Acepto el encargo, señora Barkham.

—La persona que me informó acerca de usted, no me engañó —sonrió Alma, a la vez que abría el bolso—. Aquí traigo la mitad de la suma mencionada. ¿Cuándo podré entregarle el resto?

—La avisaré por teléfono...

—Por favor, en todo caso, yo le llamaría. Aproximadamente, ¿cuándo, señor Norden?

—¿Me concede tres días de plazo?

Alma se puso en pie.

—Es más que suficiente. El próximo jueves, a esta misma hora.

Sí, de acuerdo.

Ella le tendió una mano, finamente enguantada. Norden estuvo contemplándola, hasta verla salir de la casa.

Luego meneó la cabeza.

—Mira que llegar a creer que era Betty...

Torció el gesto cuando salía de la casa.

—Te estás enamorando de esa preciosidad y no es bueno —se dijo, bastante disgustado consigo mismo.

* * *

Entró en la casa sin hacer el menor ruido. Con la linterna iluminó la sala, paseando el haz luminoso por todos los rincones. En alguna parte, pensó, había escondido Shafter unos documentos que había juzgado los más importante de su colección. Las víctimas de Shafter, lógicamente, eran todas personas adineradas, pero ninguna, como Betty, podía alardear de dirigir un negocio de cien millones de dólares.

La fundación no era un negocio, naturalmente, pero Shafter no lo había considerado así. Otros, en cambio, sí lo estimaban bajo aquel peculiar punto de vista.

Con las manos enguantadas, dio vuelta a algunos de los cuadros que formaban parte de la decoración. Luego tanteó el empapelado de las paredes. Vio una gran mesa, de patas torneadas, y la examinó a conciencia. Un rollo de papeles podía esconderse muy bien en el interior de una pata de madera, previamente ahuecada.

Al cabo de un rato, pasó al cuarto de baño. La cisterna no contenía más que agua y tampoco encontró nada detrás del armario de baño. Empezó a desanimarse.

—¿Y si tomó una caja de alquiler en un Banco?

—En tal caso, ya se habría sabido, porque la Policía, al tratarse de un asesinato, habría investigado todas las posibilidades en tal sentido. Incluso el Banco habría notificado a la Policía la existencia

de dicha caja de alquiler y el asunto habría salido ya a la luz pública.

No, los documentos tenían que estar en la casa a la fuerza. Pero a menos que la destruyese hasta los cimientos y moliese luego los escombros, para reducirlos a polvo...

Pasó al despacho. Cruzó el umbral y se detuvo en el acto, como si le hubiesen clavado los pies al suelo.

La estancia aparecía completamente revuelta. El hombre yacía en un rincón, sentado, con la cabeza doblada a un lado. Había brotado un poco de sangre de su boca y había más en la pechera de la camisa.

Al cabo de unos momentos, logró rehacerse. Avanzó hacia el muerto y, con infinito cuidado, le registró. Así conoció su identidad, tras examinar la billetera, que devolvió inmediatamente a su sitio.

Luego se puso en pie. El muerto era Selwyn MacLeod, uno de los consejeros de la Fundación Greenstone.

Meneó la cabeza.

—Pertener a esa fundación es lo mismo que tener el cólera —murmuró.

CAPÍTULO IX

Era un individuo de aspecto plácido, anticuado en su apariencia personal, ya que se engomaba los escasos cabellos que le quedaban, a fin de que quedasen adheridos firmemente a una calva que no tenía remedio. Al hablar, la doble papada se agitaba gelatinosamente. Los ojos estaban casi cubiertos por unos párpados rebosantes de grasa, pero Norden sabía que eran tan penetrantes como si estuviesen provistos de rayos X.

Inclinó la botella y llenó el vaso del gordo. Éste le miró suspicaz.

—Nick, tú no has venido a verme para invitarme a un trago —dijo.

—Aciertas, Dully Cowitt —contestó el joven—. Necesito información. Y la pagaré bien, lo que me pidas.

—Estás provisto de fondos, ¿eh?

—No puedo quejarme —sonrió Norden.

—Bueno, habla. ¿Cuál es el asunto?

—Un collar de perlas de ciento cincuenta de los grandes.

Cowitt se puso a pensar.

—He oído rumores... —dijo pasados unos momentos.

Norden conocía bien a su interlocutor y sacó unos cuantos billetes de cincuenta dólares, que empezó a dejar caer sobre la mesa, uno por uno. Cowitt le paró, cuando ya había contado diez.

—Suficiente, Nick.

—Habla, Dully.

—Tiene que ser Darr, El Lombriz. Le llaman así porque es capaz de pasar a través de la tubería del agua corriente.

—Le conozco de vista. Se llama Rico, ¿no?

—Aciertas.

—Bueno, iré a verle. ¿Habrás vendido ya el collar? Eso podría

complicar las cosas... —No lo creo. Cuando Darr da un buen golpe, suele dejar pasar algún tiempo, para que se enfríe la cosa.

—Entiendo. Gracias, Dully.

—Oye, paga la botella —pidió el confidente.

—Oh, perdona...

Norden dejó un billete sobre la mesa. Iba a levantarse, cuando Cowitt hizo un gesto con la mano.

—Nick, yo oigo muchas cosas —dijo.

—Por eso he venido a verte —sonrió el joven.

—Sé que andas liado con esa chica que preside la Fundación Greenstone. Ella está en apuros.

Norden frunció el ceño.

—Dully, no siento el menor deseo de comentar el caso con nadie. Y si me aprecias un poco...

Espera, espera, no te acalores —cortó Cowitt—. Sólo quería decirte algo que puede tener para ti mucho interés. Y sin cobrarte nada.

—Muy bien, suéltalo ya.

—En primer lugar, debes saber que conozco a la dueña del collar.

—Yo no he mencionado su nombre —respondió Norden.

—Eso no importa. La conozco y desde hace bastantes años.

—Puede ser. Conoces a tanta gente...

—Hubo un tiempo en que vivía una existencia bastante... alegre, por no definirla con palabras más crudas. Ahora, ya ves; es toda una dama, esposa de un personaje que muy pronto será senador de la nación.

—En este mundo, todos tenemos algunos pecadillos que ocultar, Dully —dijo el joven sentenciosamente.

—Es cierto, y debemos ser caritativos con las personas que se regeneran y vuelven al buen camino. ¿No te parece?

Norden empezó a impacientarse, porque quería hablar cuanto antes con el ladrón del collar.

—¿Algo más, Dully?

—Tú conoces el nombre de la dama, ¿verdad?

—Alma Barkham. ¿Satisfecho?

—Barkham es el apellido de casada. Cuando era soltera, se llamaba... Bell.

Norden se quedó sin aliento unos instantes.

—Eso explica la confusión... —murmuró al cabo.

—¿Cómo?

—No, nada, nada —contestó el joven apresuradamente—. Dully, si en algo me aprecias, guarda silencio, por lo que más quieras.

—Me ofendes, Nick —se quejó el confidente.

—No me gustaría tener que decir un día que traicionaste a un amigo —dijo Norden.

—No lo dirás, Nick —prometió Cowitt solemnemente.

* * *

Octavius le recibió con la cortesía habitual.

—La señorita está en su gabinete privado, señor —informó.

—Gracias —contestó el joven.

Betty le había llamado con gran urgencia. Parecía muy nerviosa, por lo que había decidido posponer la visita a Darr, el ladrón del collar. De todas formas, pensó no mencionaría por el momento la noticia que había recibido aquella misma tarde. Ya llegaría la ocasión apropiada.

Betty salió a su encuentro.

—He tenido noticias del chantajista —dijo—. Llamó unas cuantas veces, mientras estaba en la cabaña, y hoy ha vuelto a telefonar. Se le notaba muy furioso.

—Lógico —convino Norden—. Debe de estar muy apurado de dinero. ¿Qué te ha dicho?

—Debo entregar los cincuenta mil dólares, pasado mañana, a las diez y media de la noche, en un paquete envuelto en papel fuerte, dejándolo al pie de la cuarta palmera del Ocean Promenade, entrando desde el Sur, Eso es todo.

—Muy bien, no te preocupes. Réúne el dinero y haz exactamente lo que te ha dicho. Ahora, sin embargo, tienes que darme todos los billetes pequeños que tengas a mano.

Te los devolveré mañana sin falta.

—¿Piensas marcarlos? —se alarmó Betty.

Norden sonrió.

—No te preocupes. Los marcaré, en efecto, pero de una forma que él no podrá notar, por muchos esfuerzos que haga. Pide todos

los billetes que tenga la servidumbre, pero que ninguno pase de diez dólares de valor facial. Anda, rápido, Betty.

Ella abandonó la estancia y regresó un cuarto de hora más tarde.

—Creo que he reunido unos cuatrocientos cincuenta dólares, en billetes de uno, dos, cinco y diez dólares —dijo, al entregarle el dinero.

—Perfectamente. Cuando te devuelva estos billetes, mézclalos bien con los demás. Aunque no se aprecie a simple vista —agregó Norden sonriendo—, será como si en un saquete de bolas blancas, arrojas un puñado de bolas negras. En seguida se verá una de esas bolas negras y será suficiente para identificar al chantajista.

—Y asesino.

—Son la misma persona —concluyó el joven tajantemente.

* * *

Cuando oyó la llamada. Rico Darr abrió una rendija, sin soltar la cadena de seguridad, y miró recelosamente a través del hueco.

El visitante le resultó desconocido.

—¿Qué quiere? —preguntó.

—Necesito hablar contigo, Rico —manifestó Norden—. Abre.

—¡Váyase al diablo! —contestó el ladrón malhumorado.

Y se dispuso a cerrar, pero Norden había previsto la maniobra y contraatacó con rapidez y contundencia realmente asombrosas.

Primero, sujetó la puerta con la mano izquierda. Luego empujó, hasta que la cadena se puso tensa. Finalmente, descargó un tremendo puñetazo en el borde de la puerta. La madera saltó astillada. Norden empujó de nuevo, ahora con el hombro, y Darr se tambaleó, mientras vomitaba tremendas imprecaciones.

Norden cerró de un taconazo. Luego agarró al sujeto y lo zarandeó hasta que oyó el entrechocar de sus dientes.

—Rico, la cadena ha resistido, pero la casa es vieja y la madera de la puerta estaba carcomida —dijo—. Lo mismo que tu repugnante cuerpo, ¿comprendes? Si sigo sacudiéndote un poco más, se te romperán todos los huesos...

—Pero ¿qué demonios quiere? —gimió Darr—. Yo no le he hecho nada, nunca le he visto...

—Tienes un collar que vale ciento cincuenta mil pavos. Dámelo

o llamaré a la Policía. No sé nada...

Norden le dio un par de sacudidas más. Darr se rindió, sollozando de miedo y de rabia.

—El mejor golpe de mi vida —se lamentó—. Equivocaste el rumbo, amiguito —dijo Norden—. Está bien, se lo daré...

—No me juegues una mala pasada —advirtió el joven—. Podrás seguir robando si te portas honradamente conmigo. —Se echó a reír—. La verdad, es una paradoja hablar de honradez a un tipo como tú.

Darr era un sujeto muy delgado, cuyo peso no alcanzaba los cincuenta kilos. Era casi tan alto como Norden, pero éste le pasaba treinta kilos holgadamente y, además, tenía una poderosa musculatura, cosa que el ladrón había sabido muy pronto, por amarga experiencia.

Resignándose a lo inevitable, fue a una consola, abrió un doble fondo y extrajo una caja plana, ovalada, que puso en manos del visitante. Norden levantó la tapa, contempló el collar un instante y luego, sonriendo, tiró unos billetes a la cara de Darr.

—Conténtate con quinientos pavos —dijo—. Y cierra el pico o vendré cualquier otro día y cuando termine contigo, estarás listo para ser envasado en un bidón de harina para alimento de animales domésticos.

Giró sobre sus talones y se encaminó hacia la puerta.

—Haz que el dueño ponga una de madera nueva y más resistente —se despidió.

* * *

Norden abrió la puerta y se apartó a un lado, para que entrase la mujer. Alma vestía con gran discreción y usaba un suave perfume. Una vez dentro, se quitó las gafas de color y miró sonriendo al joven.

—Lo ha conseguido —dijo.

—Sí, señora. Siéntese, tenga la bondad.

—He traído el resto del dinero...

—No me interesa, puede quedárselo. También le devolveré los cinco mil que me dio hace días.

Alma se sobresaltó.

—No le entiendo —dijo.

—No puedo aceptar ninguna recompensa de la hermana de una buena amiga mía —dijo Norden, impasible—. Por supuesto, me refiero a Betty Bell.

Alma respiró profundamente.

—De modo que lo sabe —murmuró.

—He tenido que moverme por ambientes donde se saben cosas que ignora el policía más veterano, señora.

—Eso es algo que no me advirtió el hombre que me recomendó a usted.

—No podía decir que ignoraba mis habilidades, si le aconsejó que viniera a verme.

¿Quién es, señora Barkham?

—Bassam. También es consejero de la fundación.

—Sí, somos buenos amigos, en efecto.

Norden fue a una consola y sacó de un cajoncito la caja que contenía el collar. Con ella en la mano, se acercó a Alma, pero no hizo el menor ademán para entregársela.

—Cuénteme. ¿Qué pasó?

—¿A qué se refiere? —preguntó ella, extrañada.

—Sabe muy bien el sentido de mi pregunta. No digo que Betty no tuviese un momento de debilidad, pero no creo en modo alguno que fuese una prostituta. ¿Qué pasó? —insistió el joven.

Alma apretó los labios.

—A Betty no le gustaría...

—A mí, sí —cortó él, tajante. Y, aunque sea un chantaje, no le devolveré el collar si no me lo cuenta. ¿O prefiere que se lo envíe a su esposo?

—¡No, por Dios! —se alarmó ella—. El caso es que Betty no querría...

—Me lo imagino, pero yo quiero saberlo y emplearé todos los medios para conseguir lo que deseo.

Alma emitió un hondo suspiro.

—Está bien —se rindió por fin—. Era yo la que debía haber ido a la cárcel. Mi... vida no fue demasiado ejemplar durante una temporada; imagino que me sentí deslumbrada por el dinero fácil y las comodidades que obtenía sin más que satisfacer los caprichos de los clientes... En cuanto a las drogas, yo jamás probé, ni siquiera la

menos dañina. Fue entonces cuando conocí a Barkham..., fuera del ambiente, claro; él lo ignoraba todo respecto a mí... Me enamoré sinceramente del que hoy es mi esposo; conocía sus aspiraciones respecto a la política... Hubo una delación y la Policía vino a buscarme a mi apartamento. Betty estaba conmigo en aquellos momentos y, sabiendo que mi matrimonio me apartaría de aquella vida, se dejó arrestar, dándose por culpable de los delitos que me imputaban. Eso es todo, señor Norden.

La caja con el collar cambió de manos. Alma estaba terriblemente agitada.

—Si esto se supiera, sería la ruina de mi esposo... y la mía, porque pediría el divorcio... —murmuró, con la vista fija en el suelo.

—Nadie lo sabrá, señora —aseguró el joven—. Todos los que están enterados del asunto, creen que es ella la culpable. Lo que yo trato de impedir es que lo divulguen, eso es todo.

—¿Lo conseguirá?

Norden hizo un amplio gesto con las manos.

—Posiblemente, sí, aunque no hay garantías de que el asunto no explote en el momento menos esperado —respondió.

—Para ella sería un terrible golpe —aseguró Alma.

—No lo dudo, pero, precisamente, es lo que estamos tratando de evitar por todos los medios —dijo Norden.

Alma se puso en pie y le tendió una mano.

—Haga cuanto esté a su alcance —rogó—. Betty es una mujer que se lo merece todo.

Ha luchado mucho y ha padecido enormemente. Ahora debe recibir su recompensa.

—Sí, estoy de acuerdo con usted.

Ella necesita un hombre de verdad. No se separe jamás de su lado, Nick.

Norden sonrió.

—Ya me llama por mi nombre —dijo.

—Tengo la sensación de que en el futuro habrá un tratamiento más afectuoso todavía.

Alma se encaminó hacia la puerta. Antes de salir, se volvió.

—Ayúdela, ahora, mañana, siempre...

—No pienso abandonar jamás esa tarea —contestó Norden con

gran solemnidad.

CAPÍTULO X

—Ya tengo preparado el dinero —dijo Betty—. Iré esta noche...

—Muy bien, actúa en todo momento como te indicó el tipo. No des muestras de nerviosismo. Deja la bolsa con los billetes y aléjate de inmediato.

—De acuerdo. Imagino que tú estarás por las intermediaciones...

—En absoluto. No pienso acercarme a menos de quinientos metros.

—Pero entonces, no...

—Betty, cuando le eche la mano encima al chantajista, quiero estar seguro de que ya no podrá causar más víctimas. Haz lo que te digo y no te preocupes de más. ¿Entendido?

—Sí, Nick.

—Confía en mi. Hasta ahora, no has tenido motivo de queja, creo.

—Desde luego...

—Muy bien, no te preocupes. Esos cincuenta mil dólares son los últimos que ese hombre va a recibir de nadie en su vida.

Norden colgó el teléfono. Pensativo, encendió un cigarrillo y estuvo fumando unos minutos, sentado en la butaca. Al cabo de un rato, se levantó y, después de vestirse, salió de su casa.

Lo primero que hizo fue ir al muelle deportivo, en donde alquiló una embarcación de doce metros, bien provista de todo lo necesario para una navegación de varios días.

Después de realizar los trámites correspondientes, regresó a la ciudad.

Una hora más tarde, estaba hablando con Katy Sloan.

—Te necesito —dijo simplemente.

—¿Para qué? —preguntó la dueña del local.

—Para una fiesta que voy a dar en mi yate. Tú, dos chicas más y dos hombres de toda confianza.

Katy le miró con recelo.

—Nick, ¿qué demonios te propones?

—Te hice un gran favor, ¿verdad?

—Me cobraste buenos dineros, granuja.

—Habrías pagado el triple a otro, de haber tenido la seguridad de que el chantajista no iba a pedirte ya más pasta.

—Eso es verdad —admitió Katy con un gran suspiro—. Bueno, desembucha ya de una vez.

—Tanto las chicas como los hombres tienen que ser gente de confianza, que no hagan preguntas. Adviérteles que no se trata de una orgía en donde todo el mundo acaba revuelto por el suelo sin ropa. Simplemente, una fiesta amistosa, con, música, risas, copas, baile en cubierta...

—¿Qué más, Nick?

—Yo seré tu pareja, puesto que estaremos seis a bordo, en total. Si crees que los comparsas deben cobrar algo, me lo dices y se les pagará.

—Perfectamente. ¿A qué hora debemos estar listos?

Norden consultó su reloj.

—Son las cinco y media. ¿Podré venir a buscarte a las siete?

—Sí, desde luego.

—Entonces, no se hable más. Ah, ellas traje largo y los caballeros con corbata y traje oscuro. Katy sonrió.

—Nick, no sé qué diablos te llevas entre manos, pero estoy seguro de que alguien saldrá escaldado después de que acabe esta fiesta —dijo.

—Puedes tener la completa seguridad de que así será —respondió él a la vez que hacía girar el pomo de la puerta.

* * *

Dully Cowitt le llamó inesperadamente cuando apenas acababa de entrar en su casa. —Nick, tengo una noticia sensacional para ti— dijo.

—¿De veras?

—Se llama Olga Atherton y era la fulana de Shafter. Más

todavía, su asociada en el negocio. Digamos que él era quien daba la cara, mientras ella planeaba las operaciones, conseguía informes, fotografiaba, si era preciso...

—Es una buena noticia, en efecto.

—Se merece quinientos pavos, Nick.

—Todavía tienes que decirme dónde vive esa dama, Dully.

—Anota su dirección..., pero ten cuidado; es una verdadera arpía, aunque parezca lo contrario.

—Suave por fuera y dinamita por dentro —rió Norden.

—Exacto. Mi informador me ha dicho que en una ocasión le rompió la cabeza a un tipo y lo envió... Bueno, nadie sabe dónde está enterrado. De dos más, se sabe que fueron al hospital y sólo se ahorraron el yeso en la nariz.

—Debe de ser la mujer-Hércules, ¿no?

—Algo por el estilo. Vamos, anota sus señas... y me iré a rezar por ti a la vecina parroquia.

Norden volvió a reír. Escribió la dirección de la amiga de Shafter y luego se preguntó si tendría tiempo de ir a visitarla antes de haber realizado todos sus planes.

Tendría que darse mucha prisa, decidió finalmente. Llamó a Katy y le dijo que la hora del encuentro quedaba pospuesta en treinta minutos, pero que todos los planes seguían con normalidad. Katy contestó que ella y sus amigos estarían dispuestos. Luego, Norden dejó el teléfono y salió a la calle. La información de Cowitt merecía la pena, se dijo.

Treinta minutos más tarde, llamaba a la puerta de un apartamento situada en una casa de apariencia vulgar. Alguien le espío a través de la mirilla. Luego, la puerta se entreabrió unos centímetros.

—¿Quién es usted? ¿Qué desea? —preguntó la mujer.

—Necesito hablar con usted, Olga Atherton —contestó Norden.

—No le conozco y no tengo por qué recibirle...

—Le interesa. Tengo que decirle algo muy importante. Por ejemplo, si yo he averiguado quién es usted y dónde vive, el hombre que asesinó a Shafter también podría conseguirlo, ¿no le parece?

—¿Y quién me asegura que no es el hombre que lo asesinó y ahora viene a matarme a mí?

—El asesino utilizó pistola con silenciador. Su puerta no está blindada, Olga. En el tiempo que estamos hablando, yo podría haber gastado un cargador en usted y la madera no habría resistido las balas.

Ella pareció convencerse y retiró la cadena de seguridad.

—Entre —murmuró—. ¿Cómo ha dicho que se llama?

—Nick Norden. Y busco ciertos documentos que el asesino no encontró en la caja fuerte de Shafter.

—No los tengo yo —contestó Olga.

Norden la miró fijamente. Era una mujer próxima a los cuarenta, bastante guapa, y cuyo aspecto no señalaba externamente el mal genio que Cowitt aseguraba era una de sus principales virtudes. Sus ojos, sin embargo, poseían la dureza del pedernal.

—Olga, no he venido aquí a perder el tiempo —dijo el joven, transcurridos algunos segundos—. Usted era la asociada de Shafter. Incluso es posible que fuese la que averiguó ciertos escabrosos detalles de una joven que ocupa ahora una elevada posición.

Tengo la sospecha de que fue así, ¿no es cierto?

Ella asintió.

—Habría sido un magnífico negocio —dijo plañidera.

—No lo dudo, pero, en lo sucesivo, deberá olvidar a esa joven y considerar que no ha existido jamás. Vamos, déme los documentos.

—¡Un momento! —Olga pareció reaccionar—. Esos papeles valen dinero...

—Para usted, sólo valen lo que vale su vida —cortó Norden tajantemente—. Está bien, no me entregue los papeles. Antes de diez minutos, el asesino sabrá que los tiene usted y vendrá a buscarlos.

—Me habría ido antes.

—No, si se queda atada de pies y manos y en una posición tal que ni siquiera pueda patear el suelo o volcar los muebles para llamar la atención de los vecinos. Por ejemplo, bien atada a la cama...

Olga sonrió burlona. De súbito, sin dar el menor gesto que indicase lo que iba a hacer, disparó el puño derecho.

Norden recibió el golpe en la mandíbula y, sorprendido, cayó de espaldas. Delante de sus ojos brillaron infinidad de lucecitas y sintió que le abandonaban todas sus fuerzas. Aunque no había perdido el

sentido por completo, notó que le resultaba imposible mover un solo dedo.

Desde el suelo, oyó ruidos en el interior del apartamento. Olga arrojó cosas al suelo. Era evidente que se movía con mucha rapidez.

Unos minutos más tarde, la vio salir, con un maletín en una mano y un abrigo en el brazo opuesto. Olga le dirigió una mirada burlona.

—Adiós, imbécil.

Norden inspiró lentamente. Cuando Olga pasaba por su lado, estiró las manos y agarró sus tobillos.

Olga cayó, blasfemando horriblemente. Norden se sentó y esquivó por centímetros un venenoso taconazo dirigido a su cara. Agarró aquel tobillo y lo retorció, arrancando un grito de dolor a la mujer.

Inmediatamente, se levantó de un salto, recuperado de su aturdimiento. Olga se puso en pie también, pero ya había perdido la iniciativa.

Norden la golpeó en el estómago, dejándola sin aire en los pulmones. Ella se inclinó y gorgoteó palabras ininteligibles. Acto seguido, Norden la agarró por los pelos y la arrastró hacia un sofá, en donde la arrojó de un violento empujón.

Olga estaba sin fuerzas. Abrió el maletín y vació su contenido. Sólo había algunas prendas de vestir y objetos de tocador. El abrigo yacía por los suelos, pero tenía los bolsillos vacíos.

Frunció el ceño. ¿Dónde diablos había escondido aquella mujer los documentos?

Olga tenía las manos en los costados y boqueaba ansiosamente. Norden la contempló durante unos instantes.

De pronto, se arrojó sobre ella y, agarrando el vestido por las hombreras, con ambas manos, tiró hacia abajo con todas sus fuerzas.

Ella chilló y levantó el pie, dirigiéndole un maligno golpe a la entrepierna que Norden esquivó por centímetros. Volvió a golpearle en el estómago y Olga abandonó definitivamente toda idea de resistencia. Ni siquiera protestó al ver que estaba casi desnuda.

Contra lo que había pensado, Olga no tenía los papeles escondidos en el seno. Sus grandes pechos se movían flácidamente. Las bragas eran transparentes y permitían ver que no había nada en

ellas.

Pero llevaba una faja, con portaligas, bastante ancha. Sonrió, mientras con el dedo índice, en gancho, separaba el elástico de la piel.

Con el índice y el pulgar, extrajo un sobre, análogo a los que había visto en la caja fuerte de Shafter. Retrocedió unos pasos. El nombre de Betty figuraba en el anverso, pero, a pesar de todo, no se confió y examinó rápidamente su contenido.

Era lo que buscaba. Sonrió, mientras miraba a Olga, cuyos ojos estaban llenos de lágrimas de dolor y de rabia.

—Suele decirse que la avaricia rompe el saco —dijo sonriendo—. Estaba dispuesto a pagar una cantidad por estos papeles que, para ti, habría sido mejor que nada. Pero tú has dictado las normas del juego y yo las he aceptado.

—Por todos los diablos... dame al menos cinco mil... Esos papeles los valen...

—Nada —contestó Norden fríamente—. Busca otras víctimas a quienes hacer chantaje, si quieres. Pero te advierto que acabarás mal. Recuerda lo que le pasó a Shafter.

Giró sobre sus talones y se encaminó hacia la puerta. Al salir, consultó la hora. Tenía el tiempo justo de hacer lo que se había propuesto, antes de ir a buscar a Katy y sus amigos.

* * *

—El yate está en el muelle doce y se llama *Big Star* —indicó a las otras dos parejas, que viajarían en otro coche, detrás del suyo.

Los acompañantes asintieron. Norden se sentó tras el volante. Olga estaba sentada a su lado, vestida con un espectacular traje blanco, con adornos de plata, cuyo escote le llegaba casi hasta el ombligo.

—Me gustaría saber lo que te propones —dijo, cuando el coche hubo arrancado ya.

—Si pudiera, te lo contaría. Pero es un asunto de chantaje.

—Sí, me lo imagino.

—Katy, hay otra joven, muy buena amiga mía, para la cual tengo muy pocos secretos. Sin embargo, no te gustaría que yo le dijera a esa muchacha por qué te hacían chantaje, ¿verdad?

—Hombre, no...

—Entonces, aplícate el cuento.

—Lo siento, Nick.

—No te preocupes. Este caso se ha desarrollado de otra manera, mucho más complicada. Pero puedes estar segura de que habría actuado de la misma forma, si lo tuyo hubiese tenido también complicaciones.

—Lo sé, Nick.

Y, tras una pausa, Katy añadió:

—Seguro que es muy guapa, ¿verdad?

—Lo es.

Ella suspiró.

—Tendrá doce o quince años menos que yo...

—Sólo ocho, no te las des de venerable ancianita.

—Esos ocho años me parecen ocho siglos.

—Habrá que ver lo que dices cuando hayas cumplido los cuarenta. ¿Tan vieja te sientes ya?

—Los cuarenta están al volver la esquina, Nick —dijo ella melancólicamente.

—¡Caramba, no te había visto jamás tan pesimista! ¿Tienes problemas, Katy? —No, sólo los problemas derivados de... ciertas ilusiones que se ha llevado el viento— contestó ella.

Norden meneó la cabeza.

—Lo lamento, cariño. Hay que tomarse las cosas como vienen.

—¡Qué remedio! —Katy volvió a suspirar—. Al menos, un día me dirás que todo ha terminado bien.

—Y nunca viviré lo suficiente para agradecértelo, puedes tenerlo por seguro.

Un semáforo se puso en rojo en aquel instante. Norden frenó.

A su izquierda, frenó otro coche. La conductora, casualmente, volvió la cabeza.

Norden hizo lo mismo. Su sorpresa fue enorme al reconocer a Betty.

Ella, por su parte, le vio ataviado con traje de fiesta y al lado de una hermosa mujer, elegantemente vestida. Después del asombro, vino la furia y apartó la mirada en el acto, levantando la barbilla, con un inequívoco gesto de dignidad ofendida.

Norden lo vio y movió una mano para decir algo, pero el color

verde surgía en aquel momento y el coche de Betty arrancó de un salto, cuando ella pisó el acelerador a fondo.

CAPÍTULO XI

—Te ha visto —dijo Katy.

Norden asintió sombríamente.

—Entonces, es ella, Betty Bell —añadió Katy.

—Sí, pero no la menciones más, por favor —dijo el joven con voz crispada.

—Parece que se sentía muy irritada al vernos juntos...

—¡Katy, por favor!

—Nick, o te comportas mejor o me apeo aquí mismo y tus planes se van al diablo —exclamó ella coléricamente—. Estoy haciendo comentarios, dando opiniones, no juzgando hechos.

Norden hizo un gesto de asentimiento.

—Discúlpame, ese encuentro me ha puesto un poco nervioso. Pero ¿cómo diablos iba yo a imaginarme que...?

—Parece como si la hubieses conquistado. Nos ha visto juntos y se ha sentido herida.

¿Sabes lo que eso significa, Nick?

Norden juntó las mandíbulas con fuerza.

—No podía suponerlo —contestó.

—Pues se ha visto bien claro. Oye —dijo ella de pronto—, ¿el chantaje es...?

—Katy, por favor, no intentes complicar las cosas más todavía —rogó el joven—. Dejémoslo como está, ¿quieres?

—A tu gusto, —cruzó los brazos bajo el pecho opulento—. Es una chica maravillosa. Y ha sabido regenerarse, después de lo que le pasó, a la pobre.

—¿Qué demonios sabes tú?

—Mira, la vida me ha enseñado a ser discreta, sobre todo, cuando otros quisieron ser indiscretos conmigo. Pero no temas; ni

siquiera nuestros acompañantes saben que Betty y yo estuvimos juntas en la cárcel.

Norden lanzó un resoplido.

—Eso tampoco lo sabía yo —exclamó.

—Bueno, tuve un tropiezo y pasé casi dos años. Allí conocí a Betty. Ahora, por lo visto, está en apuros, ¿verdad?

—Sí. Alguien quiere divulgar ese secreto. Tendría que dimitir como presidenta de la Fundación Greenstone.

—Bueno, no le faltarían medios para salir adelante...

—No se trata de ella misma, propiamente hablando, sino de que alguien quiere esa presidencia, para hacerse con el control de los cien millones que el difunto Greenstone asignó a la fundación. Es lo que tratamos de evitar, más que la divulgación de un secreto que podría afectar a su vida personal.

Katy asintió.

—Ahora lo comprendo todo. —Agarró la mano del joven—. Tienes que protegerla; no dejes que la devoren los tiburones. Aléjalos de su lado, matándolos si es preciso. No merecen vivir.

Norden sonrió.

—Gracias, Katy. Tendré en cuenta tu consejo.

Otro semáforo les hizo detenerse. Un automóvil se paró instantes después a su izquierda. Norden volvió la cabeza maquinalmente, como en la ocasión anterior.

Entonces vio una pistola que le apuntaba. No captó más detalles; sólo tuvo tiempo de echarse a un lado y empujar a Katy.

Ella grito. La bala abrió un agujerito en el cristal de la portezuela derecha. Norden no oyó el estampido, porque la pistola tenía silenciador, pero sí captó el chirrido de los neumáticos cuando el otro coche se puso en marcha tras un violento pisotón al pedal de gas.

Norden se irguió lentamente. Hacía rato que había caído la noche y le fue imposible captar más detalles del coche que escapaba velozmente. Katy se enderezó, con el rostro descolorido, y contempló asustada el orificio estrellado que había en el cristal, a la altura de su cabeza.

—Nick, si no llegas a actuar rápidamente, ese tipo me vuela la tapa de los sesos.

Norden arrancó de nuevo.

—El disparo era para mí —contestó ceñudamente.

—¿Le viste la cara?

—No, estaba en sombras y sólo me fijé en una pistola que me apuntaba. No tuve tiempo de ver más.

Ella inspiró con fuerza.

—Nick, ¿hay bebidas en el *Big Star*? —preguntó.

—Sí, claro. Pero no abuses...

—Me tomaré un par de buenos tragos. Dios, nunca me había visto en un prieto semejante —contestó Katy, que no acababa de creer aún en su buena suerte. Una hora más tarde, Norden detuvo la embarcación. Lanzó un ancla a proa y otra a popa y luego procuró encender todas las luces de a bordo. A continuación, puso un disco y batió palmas:

—¡La fiesta ha empezado! ¡A divertirse tocan! —exclamó alegremente.

* * *

A la hora señalada, Betty llegó a las inmediaciones del lugar donde debía dejar el dinero. La iluminación en aquel punto era muy escasa, prácticamente nula, ya que quedaba entre dos de las farolas que formaban parte del sistema de alumbrado. Caminó pausadamente y, al llegar a su destino, dejó caer suavemente un paquete envuelto en papel de embalar y pegado con cinta de papel adhesivo.

Siguió andando y, a los cien metros, se desvió a la derecha, caminó otros cien pasos y luego regresó a su coche.

Inmediatamente, lo puso en marcha, arrancó, maniobró para virar y, acto seguido, se alejó del lugar. Pero se detuvo a unos doscientos metros, en un punto también a oscuras, apagó las luces y se apeó del vehículo.

A trescientos metros de la orilla, se veía un pequeño yate anclado, con todas las luces encendidas. La brisa marina traía los sonidos de la música emitida desde algún tocadiscos y a todo volumen. Desde el punto en que se encontraba, podía ver gente moviéndose en la cubierta.

Volvió la atención al lugar donde había dejado el dinero. Tenía unos prismáticos, que había llevado a prevención, y los enfocó

hacia aquel punto.

Pasaron unos minutos. De pronto, vio llegar a un hombre.

Vestía ropas oscuras y su rostro quedaba en la sombra, por lo que no pudo distinguir el menor rasgo de sus facciones. El individuo se agachó, hurgó un poco al pie de la palmera y luego se irguió. Betty pudo ver, sin embargo, que el hombre hacía saltar en la mano el paquete con los billetes.

Al cabo de unos segundos, el hombre dio media vuelta y se alejó rápidamente, perdiéndose en las sombras. Betty oyó momentos más tarde el ruido del motor de un coche que se alejaba a toda velocidad.

Se sintió decepcionada. No había podido identificar al sujeto. Ni siquiera, con los prismáticos, había podido captar el menor detalle que le permitiera obtener una pequeña pista.

Resignada, se dispuso a emprender el regreso. Norden la sacaría del apuro, se dijo. Confiaba en el joven; era casi como si hubiera puesto la vida en sus manos.

Un soplo de viento trajo intensificados los sonidos de la música del yate. Betty suspiró. Aquella gente eran seres felices. Carecían de problemas y no había chantajistas que les causaran problemas ni asesinos que amenazasen su existencia.

Casi sin saber por qué, volvió los prismáticos hacia el yate. El aparato óptico era de dieciséis aumentos y agrandó extraordinariamente las imágenes. Entonces vio algo que la dejó sin respiración.

Unos segundos después, se sintió invadida por una terrible cólera.

Hasta entonces, había confiado plenamente en Norden. A partir de aquel momento...

Lágrimas de ira y de despecho brotaron de sus ojos. Le hubiera gustado tener la fuerza de Hércules, para tirar los prismáticos al desvergonzado individuo que se divertía a bordo del yate con una mujer, tan hermosa como carente de escrúpulos morales.

Al cabo de un minuto, entró en el coche de nuevo y emprendió el camino de vuelta. Había terminado con Norden, se dijo.

El altavoz del tocadiscos estaba a plena potencia. Las dos parejas bailaban y se divertían en la cubierta. Katy se ocupaba de las bebidas.

Norden estaba en la cubierta superior, en el puente, el único lugar de la nave que carecía de iluminación. De pronto, Katy se dio cuenta de la ausencia del joven.

—¡Nick! —gritó.

Norden no contestó. Recogiéndose la falda con una mano y ayudándose con la otra, Katy trepó a la cubierta superior y se acercó a su anfitrión, encontrándolo muy ocupado en una extraña labor.

—¿Qué diablos estás haciendo? Nos traes aquí para divertirnos y tú te escondes como un murciélago asustado...

—Calma, preciosa, todo llegará. Por el momento, no puedo unirme a la fiesta. Pero luego me desquitaré, te lo prometo.

—Nick, tú te traes algo entre manos —adivinó ella—. No nos has invitado para celebrar tu aniversario.

—Tienes razón, pero seguramente te gustará saber algún día que el chantajista se llevó su merecido, y no hablo solamente de Shafter.

—Eso es muy cierto, aunque no veo la forma de capturarlo desde el yate.

Norden sonrió. Tenía en las manos un extraño artefacto que había acoplado sobre un pequeño trípode, sujeto a la cubierta. El aparato estaba conectado por un cable a una batería y tenía un antejo en la parte posterior.

Maniobró con el artefacto y sonrió, satisfecho.

—Preciosa, por si no lo sabes, ésta es una mira a base de infrarrojos que permite ver en la oscuridad como si fuese de día —explicó.

Katy chasqueó los dedos.

—El chantajista tiene que ir a alguna parte, tú sabes dónde y quieres verlo sin que te vea —dijo excitadamente.

—Sobre todo, porque quiero confirmar mis sospechas. —Norden consultó su reloj y añadió—: Está a punto de llegar.

Volvió a mirar a través del telescopio. La imagen de Betty apareció en el campo visual. Contempló sin dificultad las maniobras de la joven y luego la vio alejarse.

Continuó en la misma postura. Cinco minutos más tarde, vio al

chantajista recoger el paquete con el dinero.

El sujeto se irguió y giró hacia su derecha, dando cara al mar durante unos instantes.

Norden sonrió.

—Listo —dijo—. Katy baja y destapa una botella de champaña.

—¿Lo has conseguido, Nick?

—Un blanco perfecto. En la diana —contestó él.

Recogió los trebejos y descendió a la cubierta. Katy le ofreció una copa, vació su contenido de un trago y luego la agarró por la cintura.

—¡Vamos a mover un poco el esqueleto! —gritó alegremente—. ¡Música, maestro!

Uno de los invitados aumentó más todavía el volumen sonoro del tocadiscos. Norden se agitó como un adolescente. Katy, más mesurada, reía estruendosamente. De pronto, un movimiento brusco hizo que se le soltase uno de los tirantes del vestido y el seno derecho quedó al descubierto durante unos segundos.

—¡Augh, me siento antropófago! —rugió Norden, mientras volvía a cubrirse el pecho.

Pero más tarde, al regresar a puerto, se llevó una gran decepción, porque Norden, con el pretexto de que tenía mucho trabajo aquel mismo día, eran ya más de las cuatro de la madrugada, se negó a acompañarla hasta el dormitorio a donde ella quería conducirle.

Norden tenía mucho que hacer: quería cerrar definitivamente una parte del pasado de Betty Bell y tenía que hacerlo aquel mismo día.

CAPÍTULO XII

Oyó el timbre de la puerta y se dispuso a abrir. Vestía camisa clara, pantalones y mocasines de cuero blanco. Cuando abrió, un torbellino con faldas irrumpió en el apartamento.

—¡Canalla! ¡Miserable! ¡Desvergonzado!

La bofetada sonó como un pistoletazo. Norden se llevó la mano a la mejilla y miró a Betty estupefacto.

—Pero ¿muchacha, qué te he hecho yo? ¿Por qué me insultas de semejante manera? Sólo quiero ayudarte y tú...

—¿Ayudarme? ¿Hablas de ayudarme, cuando anoche, mientras yo volvía de entregar el dinero al chantajista, tú, en lugar de sorprenderlo, estabas en una orgía? —Betty le apuntó con el índice—. No lo niegues, te vi yo misma... ¿O vas a negarme que estabas bailando con una rubia desvergonzada, que enseñaba los pechos?

Norden se quedó con la boca abierta.

—De modo que lo viste —dijo.

—¡Sí, lo vi, y todavía no sé cómo he accedido a venir aquí...!

—Si me permitieses explicarte...

—¡No, no te lo permito! Lo único que voy a pedirte es que dejes este asunto. Ya me las arreglaré yo como pueda, ¿entendido?

—Betty, tú no harás tal cosa —dijo él, muy serio.

—¿Ah, no? ¿Me lo prohíbes?

—Sí —gritó Norden, furioso—. Te lo prohíbo. O, de lo contrario, iré por ahí, diciéndoselo a todo el mundo que te dejaste encarcelar para no perjudicar a tu hermana, que ya empezaba a relacionarse con Barkham y quería casarse con él.

Betty se quedó parada.

—De modo que lo sabes...

—Vino a verme. Le habían robado un collar y yo conseguí

rescatarlo. Alguien mencionó el caso y lo comentamos. Betty, me entraron ganas de romperle un par de costillas. Dejar que tú cargases con unas culpas que eran sólo de ella... —Bueno, era la única forma de conseguir que Alma volviese al buen camino— dijo ella, con las mejillas encarnadas.

—La única forma de volver al buen camino es reconocer las culpas propias, sin arrojarlas sobre las espaldas ajenas —contestó Norden malhumorado.

—Es lo mismo; se trata de un asunto de familia.

—¡Vaya frescura! —se escandalizó él—. Conque esa condena es lo que ha originado todos estos jaleos y yo he estado a punto de perder la vida... y todo lo que se te ocurre decir es... «asunto de familia». Betty, no me enojés, porque entonces sí lo dejaré de veras y la fundación se irá al cuerno.

—¡Pero anoche te estabas divirtiendo, no puedes negarlo! —exclamó Betty, todavía muy irritada.

—No lo niego, demonios, pero es el procedimiento adecuado para verle la cara al chantajista.

—¿Ah, sí? Yo tenía unos gemelos y no se la pude ver. Estaba mucho más cerca y ni aun así, ni siquiera con los prismáticos, conseguí captar detalles de su rostro. La palmera estaba en la oscuridad...

Norden sonrió. Ahora comprendía por qué había sido visto en el yate.

—Tus gemelos debieron haber llevado dispositivo de rayos infrarrojos, para visión nocturna, que es lo que yo tenía en el yate —dijo.

Betty se quedó estupefacta.

—¿Es eso cierto?

En aquel instante, llamaron a la puerta.

—Alguien viene y lo has llamado tú —dijo Norden intencionadamente—. Pero me has nombrado tu representante, para aclarar las cosas. ¿Entendido?

Betty asintió en silencio. Norden abrió y se echó a un lado.

—Pasen, por favor —invitó cortésmente—. Hola, Donald... ¿Cómo está, señor Coultman?

Los dos hombres entraron en la casa. Coultman miró enojado a la joven. —¿Por qué nos ha citado en esta casa y no en su despacho

oficial, señorita Bell?— preguntó.

Betty movió una mano.

—El señor Norden se encargará de darles las explicaciones necesarias —dijo.

—Nick, ¿qué diablos sucede? —preguntó Bassam.

—Un momento, por favor, Donald...

De nuevo se oyó el timbre de la puerta. Norden sonrió amablemente.

—Dispensen, pero es un encargo que hice esta mañana... Por cierto, tendré que dar una propina al mandadero... —Sacó un billete de cincuenta dólares y se lo tendió a Bassam—. ¿Tienes cambio, por favor?

—Claro, Nick.

Bassam sacó un pequeño rollo de billetes, y separó unos cuantos y se los entregó al joven. Norden fue hacia la puerta, abrió y se enfrentó con el sujeto que estaba en el umbral.

—Ah, los libros —dijo.

Firmó en un cuaderno y entregó un billete al sujeto. Cowitt le guiñó un ojo.

—Que todo salga bien —siseó.

Norden sonrió levemente. Cerró la puerta, dejó el paquete sobre una consola y luego miro a la joven.

—Betty, por favor, corre las cortinas —pidió.

—Señor Norden, mi tiempo es precioso protestó Coultman. — Necesito que me diga cuanto antes qué diablos estamos haciendo aquí.

—Sí, desde luego... —La estancia había quedado ya en la penumbra. Norden se acercó a una mesa, en donde había una lámpara de forma peculiar, y movió el interruptor.

En silencio, empezó a pasar los billetes bajo la lámpara que, sin embargo, no emitía el menor resplandor. Betty contenía el aliento, presintiendo que el enigma se iba a desvelar en los momentos inmediatamente siguientes.

De súbito, uno de los billetes brilló con un resplandor azulado. Norden sonrió satisfecho.

—Betty, ya puedes descorrer las cortinas.

La luz penetró de nuevo en la estancia. Con el billete en la mano, Norden se volvió hacia Bassam.

—Donald, algunos de los billetes que estaban en el paquete que tú recogiste anoche, estaban marcados con una tinta especial, que sólo aparece cuando es iluminada por un foco de rayos ultravioleta. —Agitó el papel rectangular—. Y éste es uno de los billetes que componían el total de los cincuenta mil dólares exigidos a Betty.

Un profundo silencio gravitó bruscamente sobre la estancia. El ambiente se hizo tenso, áspero.

Betty miró alternativamente a los dos hombres. Coultman tenía las mandíbulas apretadas. Bassam parecía a punto de desplomarse.

* * *

De pronto, Coultman dio un paso hacia adelante.

—Norden, podemos arreglar el asunto amistosamente. Si sólo es cuestión de dinero...

—No; hay demasiada sangre vertida —atajó el joven fríamente—. Ya no se trata de dinero, sino de las muertes cometidas y algunas de ellas, en personas inocentes, como la secretaria de Morris y también éste mismo. En cuanto a los otros, Roxmire, Shafter, Selwyn MacLeod... de un modo u otro, estaban complicados en el caso y no actuaban precisamente por desinterés ni amor a sus semejantes.

Volvió los ojos hacia Bassam.

—Donald, tú estás en una pésima situación económica. Tus negocios marchan mal y el divorcio te va a llevar a la ruina. La gatita fue tu perdición. Le diste demasiadas cosas y ella te lo pagó fugándose con otro. Tenías que hacer algo y no se te ocurrió otra cosa que el chantaje a Betty.

Bassam se pasó un dedo por el cuello de la camisa.

—A... aunque sea cierto... tendrás que buscar pruebas...

—Las tengo, no te preocupes. Podemos empezar, por ejemplo, con las notas que enviabas a Betty. Están escritas con la misma máquina; los expertos de la Policía sacarán muy pronto sus conclusiones... y tus huellas dactilares en los papeles. Aparte de los cincuenta mil dólares que guardas en alguna parte y en los cuales hay unos treinta o cuarenta billetes marcados de la misma forma que el que me diste hace unos momentos.

Norden sonrió, ahora con la vista fija en Coultman.

—A usted no se le habría ocurrido una idea semejante, ¿verdad? No, fue más tradicional; barba blanca, canas en la cabeza... y Smith como apellido. Pero una vez fue a visitar a Shafter y esa visita fue recogida por una cámara cinematográfica.

Coultman se enderezó.

—Nadie podrá decir que fue una visita con fines criminales. La cámara no tenía grabador de sonidos.

—Cierto, pero usted estuvo casi todo el tiempo frente al objetivo y hay expertos que saben leer por el movimiento de los labios. Apuesto a que oirán cosas muy curiosas.

Coultman palideció.

—¿Dónde está la película? Le pagaré...

—Esa película está ya en poder de la Policía —contestó Norden inflexible—. Usted se puso de acuerdo con Shafter, pero éste se dio cuenta de que era un bocado de cien millones y que le iban a tocar sólo unas migajas. Cuando exigió más de lo acordado, firmó su sentencia de muerte, que ejecutaste tú, Donald, disfrazado de la forma que te había sugerido Coultman.

»Usted mismo, Coultman, fue el que estranguló a Carrie Keyton, que también quería su tajada y amenazaba con levantar la tapa del pastel. Roxmire murió por la misma razón... y por los documentos que había conseguido. Morris investigó por orden de Betty, pero ustedes, temiendo que un día pudiera divulgar los secretos que había averiguado, se encargaron de matarle.

—Hablaremos claro... —rugió Coultman—. A esa zorra, la echarán a la calle...

—No ocurrirá como desea —dijo Norden sin inmutarse—. Ella seguirá en la presidencia de la fundación y ustedes no podrán demostrar en modo alguno que estuvo presa.

—¿Por qué? —se extrañó Bassam—. Es cierto, no se puede negar la evidencia.

—La mujer que fue a la cárcel se llama Rosie Randall. Era el seudónimo que usaba entonces. —Norden no quiso aclarar que el seudónimo era el de la hermana de Betty; era algo que aquellos sujetos no tenían porqué conocer—. Vamos, díganlo por ahí... ¿Quién les creará? La gente pensará que sólo tratan de echar barro sobre una persona de intachable reputación...

—¡Fue la amante de Greenstone! —aulló Coultman.

—¿De un hombre que tenía ochenta y cuatro años, cuando ella entró a su servicio? ¿Cómo piensan que nadie tome en serio semejante acusación?

—Pero faltan más pruebas, Norden.

—La pistola con que se cometieron los asesinatos. Está en tu poder, Donald. Se harán pruebas de balística...

Bassam se derrumbó repentinamente.

—El me obligó —dijo con un gemido.

—Sí, eras el elemento débil del caso. Coultman te cegó con sus planes sabiendo que necesitabas desesperadamente solucionar tus problemas económicos. A él no le interesaba tanto la presidencia de la fundación, como colocar en ese puesto a una persona que obedeciera ciegamente sus órdenes. Conocía tus amoríos con la gatita y te amenazaba constantemente con delatarte a tu esposa. ¿Me equivoco, Coultman?

—No.

La negativa estalló, rotunda, violenta. Betty lanzó un chillido al ver la pistola en la mano de Coultman.

—No hablarán —amenazó el sujeto.

Bassam reaccionó inesperadamente.

—¡No, no compliques más las cosas...! Aún podemos salvarnos, si escapamos... Avanzó hacia Coultman y le quiso arrebatarse la pistola, pero el arma se disparó súbitamente.

Bassam se estremeció.

—¡Me has matado. Barton!

El individuo pareció enloquecer y apretó el gatillo, ahora voluntariamente. Bassam giró en redondo y se desplomó de bruces al suelo.

Norden saltó hacia adelante y golpeó el mentón de Coultman. En el mismo momento, se abrió la puerta y Cowitt apareció en el umbral:

—¡Viene la Policía, Nick! —gritó.

—Un poco tarde —masculló el joven enojadamente.

Se oía una sirena a lo lejos, acercándose con gran rapidez. Norden empujó a la joven hacia la puerta trasera.

—Dully, llévatela —ordenó.

Cowitt entró en la casa y corrió tras Betty, que ya llegaba a la otra puerta. Norden inspiró con fuerza. Lo que iba a suceder a

continuación no resultaría muy agradable, pero tenía que hacerlo.

* * *

—Nadie sabrá jamás nada —dijo Norden al día siguiente—. Ellos discutieron en mi casa por asuntos particulares. Coultman ha tenido que aceptar esa solución, a fin de aminorar un tanto su sentencia. Fue el que inspiró el plan... pero el pobre Bassam cargó con todas las culpas. De todos modos, no escapará de una sentencia menor de veinte años.

—Ya es tiempo —contestó Betty—. Los días se hacen siglos y no parecen tener fin...

—Coultman pasa de los cincuenta años. Será un viejo cuando salga a la calle. Ah, y no te preocupes por los documentos; ya son humo.

Betty bajó la vista.

—Nick, ayer me porté muy mal contigo...

—Me gustó muchísimo. Eso significa que me tienes algo más que simpatía. —Lo... lo admito... Pero no me gustaría que... que continuases con tu... profesión...

—¿Me ofreces un empleo mejor?

—Necesito un colaborador de confianza. Tengo muchos planes para la fundación.

Es preciso saber emplear bien el dinero que dejó Greenstone.

—Betty, por el momento, esa tarea puede esperar un poco.

—Hay mucho trabajo...

—Trabajar con exceso no es bueno. El descanso también es importante.

—¿Quieres decir que nos conviene descansar?

—El tiempo que se emplea en una luna de miel, por ejemplo.

Los ojos de la joven brillaron.

—Podríamos pasarla en la cabaña que cobraste una vez como pago de tus servicios —sugirió.

—Es una idea estupenda.

—¿De veras te la dio el dueño para pagarte...? ¿Cómo pudo ser tan generoso? —Oh, no lo lamentó demasiado. Lo de la cabaña allí fue idea de su esposa, furibunda ecologista. A él no le gustaba mucho, pero accedió, porque estaba muy enamorado de su mujer.

—Y luego se divorciaron...

—Ella se fugó con un ingeniero nuclear.

Betty rompió a reír. Era una carcajada franca, sincera. Norden sonrió, porque se daba cuenta de que ella había dejado atrás su pasado y empezaba a vivir de nuevo.

—Tengo que confesarte una cosa —dijo Norden.

—¿Sí, cariño?

—Hubo un tiempo que sentí deseos de matar a unos cuantos cientos de hombres.

—Nick, no me asustes...

—Todos estaban enamorados de ti. En la Universidad, me refiero.

Ella le miró con infinito cariño.

—Pero yo no estaba enamorada de ninguno —respondió—. Sin embargo, atendías a todos... menos a mí.

Betty le pasó los brazos en torno al cuello.

—Ahora te atenderé a ti solamente —prometió, con ojos resplandecientes de pasión. Norden suspiró.

—Valió la pena esperar —dijo, a la vez que buscaba ávidamente los labios de la joven.

FIN



LUIS
GARCÍA
LECHA.

Nació en Haro (La Rioja) en 1919. Con 17 años el destino le hizo alistarse como infante en el bando nacional de la Guerra Civil. «Van a ser cuatro días», le dijeron, «y conocerás mundo». Pero los cuatro días se convirtieron en tres años de guerra y para rematar la faena, ya con el grado de teniente de la Legión, lo mandaron al Pirineo. En Lérida conoció a la que fue su mujer Teresa Roig. Había que buscarse la vida y se decidió a ingresar en el cuerpo de funcionarios de prisiones en la cárcel Modelo de Barcelona. El destino quiso que en la prisión, cumpliera condena uno de los grandes de la literatura «de a duro», Francisco González Ledesma, «Silver Kane», con el que comenzó a colaborar, en principio por pura curiosidad. Pero la curiosidad se fue convirtiendo en pasión y el funcionario en escritor. La posibilidad de ganarse la vida como escritor le deciden a abandonar su trabajo de funcionario y consagrarse al oficio al que dedicó todos los días de su vida en jornadas de doce horas. Clark Carrados tenía que sacar adelante a su mujer y a sus cuatro hijos y se puso a la heroica tarea. A las seis de la mañana en la máquina de escribir hasta la hora de comer. Siesta y nueva sesión hasta la cena.

Sólo así podía llegar a escribir las tres o cuatro novelas a la semana que le exigían las editoriales, Bruguera y Toray, que imponían a su cuadra de escritores unas condiciones leoninas, de trabajo a destajo, sin sueldo, que convertían a los «escribidores» en auténticos estajanovistas de la literatura popular.

También ha sido autor de artículos de humor para los tebeos Can-Can

y D. D. T., de la editorial Bruguera y de numerosos guiones para historietas de Hazañas bélicas y de aventuras. García Lecha, un hombre introvertido aunque alegre, se enclaustró en su casa de donde apenas salía, construyó folio a folio una obra literaria en la que figuran más de 2000 novelas de todos los géneros, oeste, ciencia ficción, policiales, terror, etc. Utilizó los seudónimos de Clark Carrados, Louis G. Milk, Glenn Parrish, Casey Mendoza, Konrat von Kasella y Elmer Evans. Falleció en Barcelona el 14 de mayo de 2005.